

CUENTOS DE LA VIRGEN

La ternura narrativa de María

JAIME DE PEÑARANDA ALGAR, S.J.



EDITORIAL CCS

COLECCIÓN «GESTOS Y PALABRAS»

JAIME DE PEÑARANDA ALGAR, S. J.

CUENTOS DE LA VIRGEN

La ternura narrativa de María

Cuarta edición (corregida y aumentada)

EDITORIAL CCS

Cuarta edición (corregida y aumentada): abril 2007.

Página Web de Editorial CCS: www.editorialccs.com

© Jaime de Peñaranda Algar, S. J.

© 2003. EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ISBN: 978-84-9842-111-8

Depósito legal: M-15938-2007

Fotocomposición: M&A

Imprime: Franjograf S.L.(Madrid)

A mi sobrina Fátima,
que será niña toda su vida.
¡Qué suerte!

ÍNDICE

<i>Para saber leer los cuentos</i>	9
1. La Mariposa (<i>admiración, colaboración, pureza</i>)	11
2. La Lira (<i>afectividad, sonrisa, sintonía</i>)	13
3. El Almendro (<i>decisión, diligencia, valentía</i>)	15
4. La Margarita (<i>amor, ser positivo, providencia</i>)	17
5. El Roble (<i>aguante, perseverancia, espera</i>)	19
6. La Aceituna (<i>subestima, ayuda, amargura</i>)	21
7. La Rosa Blanca (<i>fidelidad, alabanza, respuesta</i>)	23
8. La Miel (<i>malentendido, escucha, dolor</i>)	25
9. El Fuego (<i>atributos de Dios, recuerdo, ternura</i>)	27
10. El Barro (<i>prudencia, colaboración, realismo</i>)	29
11. La Caña (<i>ser positivo, esperanza, contagio</i>)	31
12. Las Lágrimas (<i>solidaridad, compasión, pena</i>)	33
13. La Jara (<i>humildad, pobreza, generosidad</i>)	35
14. La Amapola (<i>belleza, apariencia, prohibición</i>)	37
15. La Lámpara (<i>optimismo, ahorro, sorpresa</i>)	39
16. El Grillo (<i>armonía, orden, colaboración</i>)	41
17. El Majuelo (<i>bondad, incompreensión, precaución</i>)	43
18. La Golondrina (<i>servicio, cualidades, protección</i>)	45
19. La Flauta (<i>ilusión, alabanza, belleza</i>)	47

20. La Estrella (<i>verdad, esperanza, destino</i>)	49
21. El Cristal (<i>obediencia, superación, sabiduría</i>)	51
22. La Hiedra (<i>colaboración, debilidad, compañía</i>)	53
23. El Nardo (<i>compañía, ejemplo, agrado</i>)	55
24. La Roca (<i>fortaleza, esfuerzo, fundamento</i>)	57
25. Oro, Incienso, Mirra (<i>adoración, generosidad, recuerdo</i>)	59
26. El Jazmín (<i>servicio, detalle, silencio</i>)	61
27. Dios Creador (<i>grandeza de Dios, debilidad, comprensión</i>) ...	63
28. El Lirio (<i>ternura, acogida, generosidad</i>)	65
29. La Paloma (<i>anuncio, esperanza, serenidad</i>)	67
30. Los Jilgueros (<i>contemplación, alabanza, fantasía</i>)	69
31. El Musgo (<i>cariño, protección, belleza</i>)	71
32. El Viento y el Sol (<i>amistad, competencia, resistencia</i>)	73
33. El Otoño (<i>renovación, esperanza, solidaridad</i>)	75
34. Los Ángeles (<i>alivio, mensaje, optimismo</i>)	77
35. La Perla (<i>belleza, elección, felicidad</i>)	79
36. El Trigo (<i>generosidad, cuidado, recuerdo</i>)	81
37. El Elefante y el León (<i>cualidades, competencia, aceptación</i>)	83
38. El Burro (<i>trabajo, servicio, resignación</i>)	85
39. El Tilo (<i>serenidad, suavidad, igualdad</i>)	87
40. El Corcho (<i>discreción, aguante, protección</i>)	89

EPÍLOGO

... y colorín colorado... Las Manos de Mamá	91
--	----

PARA SABER LEER LOS CUENTOS

Es admirable descubrir la imaginación de Jesús para explicar lo más misterioso. «El Reino de los Cielos se parece...», y van apareciendo en la escena, reyes que reparten talentos, mujeres con escoba relimpiando los rincones en busca de una moneda, pescadores, mercaderes, pastores, y hasta un Padre al que se marchó su hijo pequeño, dando un portazo.

¿De dónde pudo sacar tanta fantasía, tanto acierto para hacerse entender por gentes, sin más formación que la que te enseña la vida diaria?

Su maestro «oficial» no pudo ser otro que el rabino rústico de un pueblo pequeño (y encima, de mala fama) que reuniría a unos cuantos rapaces para enseñarles, ¡lo de siempre!

Por eso Jesús tuvo que tener otro «maestro». Su Madre, muy sencilla, pero llena hasta rebosar de la sabiduría de Dios. María, la silenciosa, la de mirada transparente, la acogedora.

Nos la podemos imaginar, en las frecuentes ocasiones en que los niños preguntan con ingenuidad lo más profundo, atendiendo a su Hijo, y contándole, con una narración aparentemente ingenua, lo que más nos cuesta entender: que la felicidad es la del corazón pobre, misericordioso, pacífico, con rostro de niño y sabiduría de profeta.

*Estos **Cuentos de la Virgen** ¿son para niños? Su lenguaje, tal vez sí; pero se entienden mejor cuando se ha vivido mucho, y aún se conserva algo de la inocencia infantil. La Virgen lo llamaba «humildad».*

Para leerlos, se requiere conocer el mundo religioso de Israel, pero sobre todo, paz, tiempo reposado para ojear lo que no está escrito, imaginación para adivinar la escena, los gestos y los rostros. Dejarse empapar por la ternura y ¡si es posible!, sacar la enseñanza de la «hagadá», siempre en positivo, de la Madre también nuestra.

Los amigos y conocidos, ¡naturalmente!, me han dicho: «Nos han encantado los Cuentos, ¿por qué no escribes más?». No soy un profesional de la pluma como para ponerme a «fabricar cuentos». Me salen, casi sin querer, como si no fueran míos, al contemplar algo de la naturaleza, al observar algún acontecimiento, al meditar la Biblia.

Dispongo de diez más.

Sólo pretendo que el Evangelio penetre en los corazones de los mayores (padres, madres, abuelos), para que sepan trasmitirlo a sus hijos y nietos. Los cuentos siempre han calado en los niños, cuando se han contado desde la ternura, desde la escucha, desde la experiencia ingenua de la vida, como tuvo que hacer la Virgen con su Hijo. ¿De dónde, si no, pudo sacar Jesús tanta imaginación y cercanía para explicar las cosas más evidentes que no vemos nunca?

Termino con un Epílogo que puede ser el final. Los hijos crecen, y llegan a una edad que ya no están para «cuentos». Pero es cuando empiezan a entenderlos. «Recuerdo aquello que me contaba mi madre...».

1. La mariposa

—**M**ira, Jesús, ¡qué mariposa tan bonita! Te voy a contar su historia.

«Una vez, a un gusanito muy feo, le daba tanta vergüenza verse en el espejo de las gotas de agua, que se encerró en su propia saliva de seda, para que no le viera nadie. Y allá dentro, misteriosamente, le salieron unas alas muy grandes, y ya no tenía que arrastrarse por el suelo. Se fue acercando a las flores más vistosas.

—Por favor, margarita, ¿me prestas tu amarillo?

—Por favor, azucena, ¿me prestas tu blanco?

—Por favor, rosa, ¿me prestas tu rojo?



Y entre todas las flores le pintaron unas alas preciosas con todos sus colores.

Ya no le daba vergüenza salir... y volar... y jugar al escondite en el jardín. Todos decían que era la mariposa más bella de la comarca. Y todos le invitaban a que gustase de los sabores de su polen y néctar.

Aquel día fue el más feliz de su vida. Y al atardecer, cuando ya no distinguía el color de las flores, se fue a descansar de tanto vuelo junto a la luciérnaga, inteligente y sabia, que iluminaba las hojas.

—¡Hola, mariposa!, ¿me dejas decirte un piropo? ... ¡Arco Iris! Has nacido para que te contemplen, para ser bella, para alegrar la vida entre espinas y venenos. Ten cuidado con los escarabajos y pulgones que se esconden en el fondo de las flores. No dejes que nadie te toque ni te roce, porque perderías tus colores, y sin ellos morirías. Volverías a ser un gusano feo.

—Sabia luciérnaga, ¿qué tengo que hacer?, porque no me sé defender.

—Volar siempre mirando al sol.»

... Y el Niño Jesús abrió sus ojos muy grandes, miró a los de su Madre, y dijo goteando las sílabas:

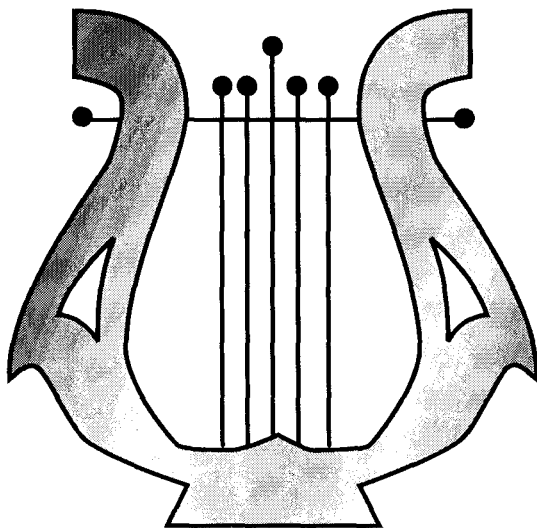
—Ma... má, ma... ri... po... sa.

2. La lira

El sol había abrasado Nazaret. Se escondía, burlón, después de escuchar las protestas y lamentos por el bochorno. María había preparado la jofaina grande, llena hasta los bordes, con tres cántaros de agua, para refrescar al Niño.

Con dos copos de lana prensada, escurría gotas de agua sobre el cabello revuelto. Jesús, con sus puños redondos, restregaba sus ojos para evitar el picor.

María pasó su mano sobre el corazón del Niño, e imitó el movimiento de los dedos cuando se hace sonar la lira. Jesús abrió de re-



rente sus ojillos vivarachos, y se empezó a reír y a retorcerse por las cosquillas.

—¡Uy!, ¡si mi Niño tiene una lira en el pecho! ¿No te he contado esta historia?

«Cuando Dios creó al hombre del barro, y le sacó una costilla para que naciera la mujer, le introdujo una lira muy bien afinada. Adán se despertó, y no se dio cuenta del cambio. De repente se encontró con Eva, y empezó a cantar y a decirla piropos y cosas muy bonitas y a bailar él solo de contento. Entonces Eva se acercó despacito, puso su oído en el corazón de Adán y le dijo:

—Suenas como una lira.

—Tienes razón. Tú has sido el artista que ha introducido las yemas de los dedos entre las cuerdas, y ¡ha sonado tu música!

Desde entonces, todos los niños y niñas nacemos con una lira dentro. Uno mismo no la puede tocar. Sólo los demás lo pueden hacer. Hay algunos que no entienden de música, y lo que hacen es romper las cuerdas. Y después es muy difícil volverla a afinar. Otros tienen una suerte enorme, porque a su alrededor siempre encuentran personas que saben sacar los mejores acordes de la lira.»

—Mi Niño es el más afortunado, porque su lira ¡nada menos que la toca Dios!

Jesús detuvo el movimiento de las pupilas y dijo:

—...Y Mamá... también.

El jilguero se puso a trinar.

3. El almendro

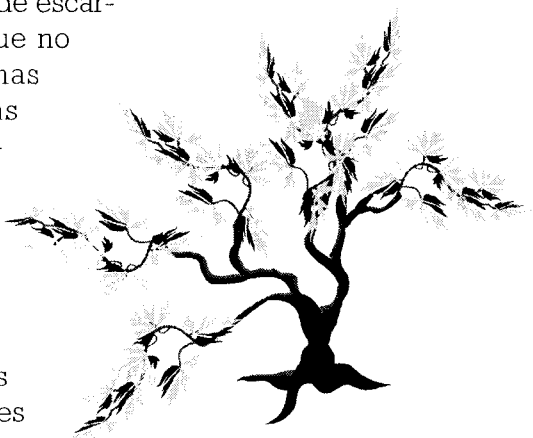
En las colinas pedregosas que descienden sobre Nazaret, los almendros, de esqueletos contrahechos, se agarran al terreno. El sol del invierno que se despide, empieza a calentar las tardes. María aprovecha la tibieza del aire para pasear con su pequeño.

—Mamá, ya empiezan a salir las flores.

—¿No sabes la historia del almendro?

«Hubo un invierno muy frío. Todas las mañanas bajaba un manto de escarcha sobre los campos, que no les dejaba crecer. Algunas hierbas quisieron ser las primeras en sacar la cabeza de la tierra, y se quedaron amarillas y raquíticas para siempre.

Las flores querían asomarse a la luz, pero no se atrevían, porque el frío las podría degollar. Y las gentes estaban preocupadas, porque no veían sus colores, ni olían sus perfumes.



Por el interior de la tierra, de raíz en raíz, las plantas y los árboles se pusieron a discutir quién tenía que ser la más valiente en echar sus flores.

Los árboles viejos eran muy prudentes y decían que no podían arriesgar sus cosechas, porque ellos producían mucho. Los lirios, más presumidos, esperaban a que salieran otras flores, para demostrarles que eran los más hermosos. Las adelfas del arroyo ponían la excusa de que les faltaba agua. Entonces habló el almendro.

—Yo me arreglo con poca agua, tengo un aspecto retorcido y áspero del que no puedo presumir. Sin almendras se puede pasar el invierno... de manera que ¡salgo al frío!

Y le salieron unas flores blancas, muy blancas, que parecían hechas de copos de nieve. Y fueron los heraldos de la primavera. Y despertaron a las laboriosas abejas. Y llenaron de perfume de néctar todo el valle. Y los jarros de estrecho cuello se llenaron de sus ramos floridos para compartir el pan de cada mesa.»

—...Y los niños como tu pidieron a su mamá salir por las tardes a jugar en el campo.

—¿Por eso me repites que a quien madruga Dios le ayuda?

4. La margarita

Sólo dura una veintena de días en Nazaret, pero durante esas privilegiadas horas de la Primavera, todas las flores del campo compiten para llamar la atención.

Era sábado. Salieron al campo sólo a dos tiros de piedra, con la comida ya hecha. María había recogido las pocas sobras, y se entretuvo en arrancar una margarita.

—¿Sabes cómo se llama?

—Mar-ga-ri-ta.

La hizo girar entre los dedos haciendo un molinete, y rozó con ella la punta de la nariz de Jesús, que empezó a dudar entre la sonrisa y el estornudo.

—Esta flor la inventó Dios para saber si me quiere mi Niño.

Y empezó a desgranar los pétalos llamativamente blancos, arrancados del corazón de oro de la flor.



—¿Me quieres?... ¿No me quieres?... ¿Me quieres?... ¿No me quieres?...

Cuando la pregunta era positiva, María abría sus ojos negros, grandes, buscando la respuesta. Cuando la pregunta era negativa, fruncía el ceño y apretaba los labios con gesto de tristeza. Jesús iba imitando los mismos ademanes. A medida que quedaban menos pétalos, el gesto se hacía más ilusionante o trágico.

El Niño iba recogiendo en su mano derecha regordeta los pétalos del sí, y en la izquierda los del no, con la sorpresa del equilibrio.

—¿Me quieres?... ¿No me quieres?... ¡Me quieres!

Y al depositar el último mensaje, María abrazó a Jesús.

—¡Mi Niño, me quiere!

—Ahora yo.

Jesús arrancó la margarita más grande que descubrió y empezó con la misma mímica y entonación:

—¿Me quieres?... ¿No me quieres?...

La sorpresa fue aún más grata al ver que sólo quedaban cinco, y que también el final iba a ser feliz.

—¡Me quieres!

—Ahora te voy a contar el secreto. «Cuando Dios inventó la margarita la hizo con pétalos impares, para que el juego terminara siempre como comenzó. Si empiezas con un SÍ, terminas con un SÍ. Si empiezas con un NO... hay que hacer trampa para que aparezca un SÍ.»

—¿A que te quiero mucho, Mamá?

—Síííí...

5. El roble

—Mira, mamá, el tejado de la choza de Siló se ha hundido.

—Sí, hijo; los troncos que lo sostenían eran de chopo.

—¿El tejado de casa se caerá algún día?

—No, hijo, porque tiene vigas de roble.

—¿Y el roble no se pudre nunca?

—Nunca, hijo, nunca.

—¿Por qué, si todas las maderas tienen alguna vez carcoma, o se la comen las hormigas?



—Te voy a contar la historia del roble.

«Ya sabes que en el Paraíso nacieron todos los árboles. Los que estaban junto al agua, y con tiempo de primavera, estaban muy satisfechos porque crecían muy rápido, y eran muy altos... y echaban muchas hojas... y se abanicaban con el aire... y contemplaban todo el Paraíso desde sus puntas más altas. Pero su madera era blanda, flexible, quebradiza, muy sabrosa para anidar toda clase de bichos.

En cambio, al pobre roble le tocó nacer en las colinas más secas, donde sólo escurrían las nubes al pasar en primavera. Crecía muy poquito a poco. Nadie se fijaba en él. Pasaban los años y el chopo era un gigante, mientras que el roble aún era un enanito. Pero sabía aguantar la escarcha y las sequías sin quejarse. Se dio cuenta de que los demás árboles se tronchaban cuando azotaba el huracán, o se les rasgaban sus ramas. Cuando todos los árboles habían muerto para dejar paso a otros, él seguía vivo, creciendo y haciéndose cada vez más robusto. Y descubrió que ningún insecto podía arañar su madera apretada y dura.

Entonces, cuando Adán se paseó por el Paraíso, observando todo lo que había creado Dios, para ponerle nombre, el roble le dijo:

—Con mi madera puedes construir lo que quieras. No te defraudaré. Aguanto el peso sin quejarme.»

—Papá, José, sabe tanto de maderas como Adán, ¿verdad, Mamá?

—José sabe todo. Dios se lo cuenta en sueños.

—¡Qué suerte!

6. La aceituna

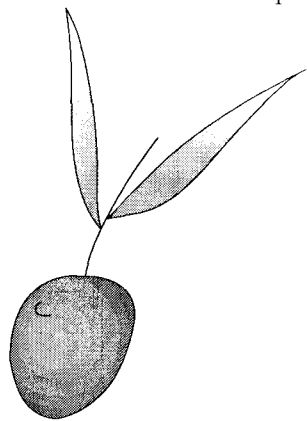
—**M**amá, la fruta verde no se come, ¿verdad?

—Claro, Jesús. Después duele la tripa.

—¿Y por qué están recogiendo las aceitunas verdes?

—La historia de la aceituna es muy bonita. Verás.

«Como tú sabes, porque lo has probado, la aceituna verde es muy amarga, y no se puede comer. Entonces la aceituna esperó a madurar, para saber si podría ser tan dulce como las pasas. Y descubrió, desilusionada, que su zumo producía vómitos al que lo probaba. Se enfadó mucho porque nadie la quería. Se veía crecer en un olivo feo, retorcido, descuidado, con hojas como sucias de polvo, sin flores vistosas y como remate de desgracias, brotes por todo el tronco como un animal peludo. No podía presumir de nada.



Se enteraron la sal y el vinagre de las continuas quejas de la aceituna. Les daba pena verla arrugarse, ennegrecer, para terminar en el suelo en pleno invierno.

—Mira, aceituna. Tú también vales.

—¿Con mi amargura?

—Yo, la sal, hago rabiar a las lenguas, y el vinagre a las gargantas, pero unos granitos y un chorreoncito en cada comida, les devuelve el sabor verdadero.

—Pues, yo, ni eso.

—Verás como sí. Déjate ayudar. Es muy sencillo. Te bañarás cinco veces con el agua del pozo. Mientras, nosotros, la sal y el vinagre, te hacemos cosquillas. Te reirás, aunque sea a la fuerza, y saldrá de ti toda amargura.

Así lo hicieron, y al terminar el baño dijo la aceituna:

—Aún peor. Ahora ya no tengo ni siquiera sabor amargo. Me pueden tirar al pudridero.

—No, aceituna. Ahora te tienes que arreglar. Deja que te den sabor y olor el tomillo y el romero, el orégano y el hinojo.»

—Y desde entonces, no se pude empezar ninguna comida sin saborear una aceituna y jugar en la lengua con su hueso.

—A mí me gustan mucho, Mamá.

—Y más a tu padre, José.

7. La rosa blanca

Junto a la pared reencalada de la sencilla casa de María, crece un rosal, que se resiste hasta en invierno a dejar de saludarnos con la alegría de sus capullos blancos.

—Mamá, ¡qué suerte tienes! Nuestro rosal siempre tiene rosas.

—Claro, hijo. Es que es un regalo de Dios. Ahora que vas siendo mayor te voy a contar su historia.

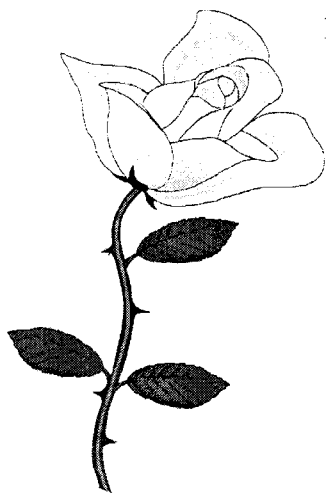
«Una mañana, tempranito, después de que todos los ruiseñores estrenaran la mañana con sus cantos y las flores se lavasen la cara con el rocío, me puse a hacer mi alabanza al Creador por todo lo que nos envuelve. Aquel día se me inundaban los ojos y el corazón cuando repetía:

—“¡A Ti gloria y alabanza por los siglos!”.

Miré por la ventana que da al amanecer, y me pareció que el sol se empeñaba más por entrar. Volví a repetir con fuerza:

—“¡El sol que gobierna el día!”.

Y en aquel mismo instante me dijo:



—¡María, qué suerte tienes! Dios me manda a decirte que te quiere más que a todo lo que ha salido de sus manos.

Me quedé tan parada, que hasta me parecía que el corazón ya no latía. Y seguí escuchando:

—Vas a ser Madre, pero Madre de DIOS, porque quiere quedarse entre vosotros.

Me acerqué a la ventana para mirar al sol. Sentí que sus rayos me penetraban hasta las entrañas. Y cuando cerré los ojos, el sol me dijo:

—¡No tengas miedo! ¡Verás como puedes! Y para recordarte que Dios es fiel a su palabra, el rosal que cuidas con tanto esmero, no dejará de echar rosas blancas ni en invierno.

Contesté:

—“AMEN”. Que sea lo que Dios quiera.»

—Mamá, ¿por eso sólo sabes decir: Sí?

—Igual que los capullitos blancos.

8. La miel

—¡Mamá! ¡La merienda!

Detuvo su carrera como un potrillo, delante del horno de pan. Jadeante, sudando, rebuscó en la bolsa husmeando un mendrugo. Sacó con sus deditos la miga para hacer un cuenco de corteza. Miró a su Madre con ojos de pícaro para pedirle, sin palabras, lo que debía depositar en aquel agujero de pan endurecido.

María alargó la mano al tarro de miel. Con pulcritud, enroscó la cuchara de palo, hasta hacer una pella transparente, llena de rayos de sol.



—¿Sabes quién hace la miel?

—Sí, Mamá, las abejas... pero hay que tener cuidado con ellas, porque te pueden picar.

—Pobrecitas abejas. Todos las tienen miedo.

«Mira, hace muchos, muchos años, había una abeja que llevaba sus tripas cargadas de veneno. Picó a una cabra en el hocico, porque quería engullirla con la hierba en donde descansaba.

Picó a un niño, porque quería aplastarla con un palo. Picó a un zorro en la pata, porque quiso apoderarse de su casita de cera. Desde entonces se empezó a correr la voz por los campos que la abeja era mala, que atacaba con veneno. Nadie se quería acercar a ella. Y se quedó sola, muy sola. Una tarde se posó en el oído de una azucena.

—Tú, como eres flor, no me tienes miedo, porque no te puedo hacer daño. Pero tienes un gran oído para escucharme. Me acusan de ser muy mala, y llevar veneno dentro para picar a todos. De verdad, azucena, yo lo único que hago es defenderme. Quieren terminar conmigo. Me gustaría contarles que no soy como ellos piensan... pero no quieren escuchar. Huyen. Avisan de mi peligro y me tengo que esconder. Todos quieren matarme.

Y la abeja empezó a llorar y llorar... Y sus lágrimas se mezclaron con el néctar de la azucena y... ¡apareció la miel!

Aquel descubrimiento se corrió a la velocidad del huracán y pronto el campo empezó a llamarla: "la dulce abeja".»

—¿Y no pica?

—No hijo. De sus entrañas saldrá veneno, si la maltratas; pero, si la quieres, miel.

9. El fuego

Aquella tarde soplabla fuerte el viento del Hermón. Las cumbres nevadas habían hecho tiritar al mismo aire y los vecinos de Nazaret se habían retirado pronto a sus hogares para calentarse con el fuego amable de la chimenea.

Después de cenar, todo recogido y limpio, María se ha sentado en un almohadón a calentarse. Aprovecha las últimas horas de la anochecida para remendar un paño. Pero Jesús busca el cobijo tibio del regazo de María, y se acurruca como un polluelo de tórtola en el plumón de la madre. Deja su labor. Recoge a Jesús destrenzándole con sus dedos los cabellos revueltos por el aire.

Silencio. Huele a ternura. Miradas pendientes del fuego que chisporrotea de improviso.

—¡Qué bonito es el fuego, Mamá!

—Vamos a jugar a las palabras. Contemplamos la llama y le ponemos un nombre. Empiezo yo... Luz.

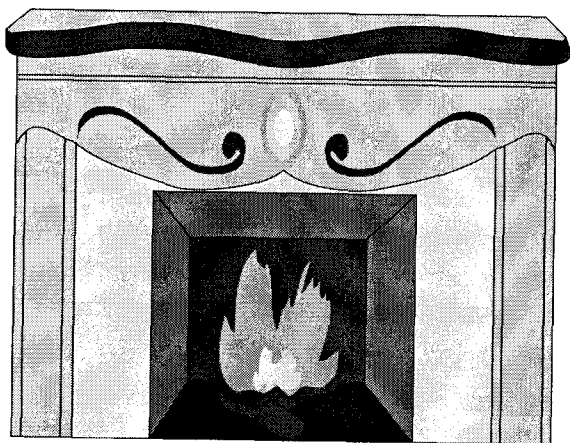
—Calor.

—Transparente.

—Quema si te acercas.

—Amable.

- Hace la comida más rica.
- Purifica.
- No se puede apagar soplando.



- Deseado, imprescindible.
 - Gana a todos.
 - Oye, Jesús. ¿Y si ahora dijéramos lo mismo de Yavhé-Dios? Acuérdate cómo se apareció a Moisés en aquella zarza.
 - ¿Por eso se está tan bien aquí contemplando el fuego?
 - Ya sabes que Dios Creador hizo al hombre para que se pareciese a Él. Después de hacer una figura de barro, le metió dentro del cuerpo una llamita para que le diera calor y luz.
- María inclinó la cabeza hasta apoyar su oído en el pecho de Jesús.
- ¡Qué calentito está!

10. El barro

Pero, Jesús, ¿cómo te has puesto? ¿Dónde te has metido?

El Niño no pasaba del dintel de la puerta. Clavó su mirada en las sandalias y en el borde de la túnica. Un barro rojizo tapaba todos sus pies, no pudiendo distinguir mas que la forma de las correas. Salpicaduras de arcilla llegaban hasta el cinto.

—Mamá, a Esaú se le atascó el carro en el cruce del camino con la vaguada. ¡Con lo que ha caído de agua en estos días!

—Y mi Niño se metió para ayudar...

—Entre cinco hombres no podían, porque iba cargado de leña.

María exageró sus palabras arqueando las cejas.

—Y seguro que tú ibas a hacer mucho... Si aún tienes muy poquitas fuerzas.

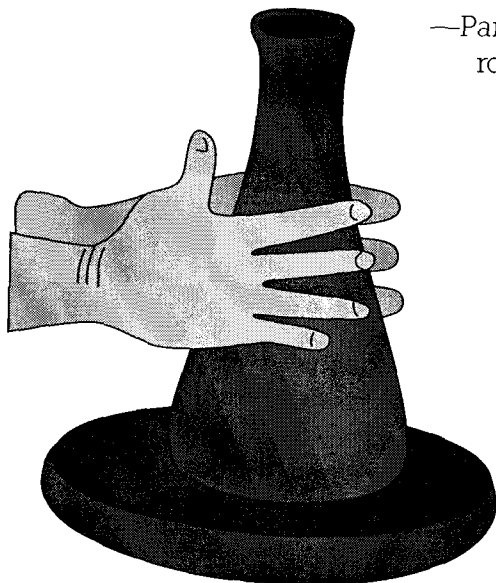
—Pero algo haría, Mamá. No me iba a quedar mirando.

—Sí, algo estorbarías... pero, ¿lo sacasteis?

—Claro. ¡Qué gozada! En el último empujón, todos a una, conseguimos hacer rodar las ruedas por lo firme.

—Muy bien. Ahora vamos a lavarte los pies, antes de que ensucies toda la casa.

María recogió un jarro, una jofaina, un paño y un taburete para sentarse. El Niño no dio ni un paso al frente hasta que introdujo los pies en el agua.



—Pareces una estatua de arcilla roja.

—Mamá, ¿Dios no hizo al primer hombre de barro?

—Sí hijo, ¿y sabes por qué? Al comienzo de los tiempos Dios se puso a pensar de qué iba a formar a Adán. Primero pensó: de hierro. Pero después se dio cuenta de que los hombres se pelearían para demostrar quién era el más fuerte. Pensó en hacerlo de piedra, pero se arrepintió, porque también el corazón sería así de duro. Se le ocurrió de madera, pero era peligroso; cualquier fuego podría consumirlo. Por fin dijo: «Ya lo sé: lo haré de barro, porque al ser más frágil cuidará de no romperlo; estará pendiente de no chocar con nadie; su corazón más blando se podrá moldear; el fuego, en lugar de quemarlo, le irá dando consistencia; y cuando se contemple dará gracias al Alfarero».

Sentó al Niño en sus rodillas para secarlo.

—Dame tu pieccecito de arcilla blanca.

Y con el extremo de sus uñas, le rascó la planta del pie, hasta que Jesús empezó a patalear por las cosquillas.

—¡Mamá!, que me vas a romper.

11. La caña

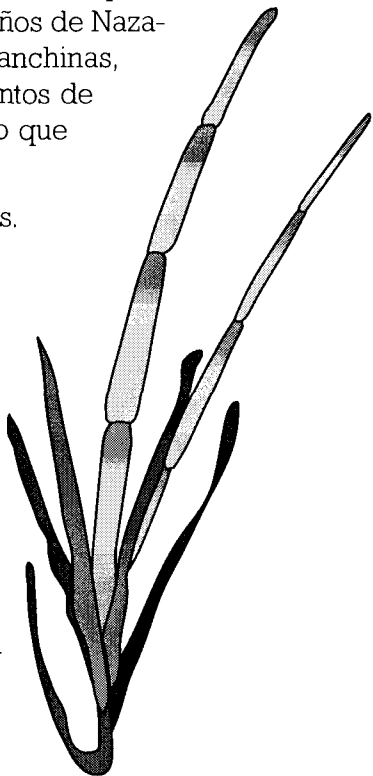
Aquella primavera fue preciosa por las abundantes e insólitas lluvias del invierno. En los cuencos del terreno se habían formado charcos, en donde los cañaverales empezaban a lucir sus plumeros. Allí acudían los niños de Nazaret, observados por las madres parlanchinas, para hacer con las cañas mil instrumentos de guerra, de labranza o de hogar, con lo que soñaban a mayores.

Aquel día les dio por construir flautas.

—Esta caña no vale, Mamá, porque está rota.

—Sí vale, hijo. Porque tenga un trozo cascado, no vamos a desperdiciar el resto.

María seleccionó un trozo sin grietas. Con un cuchillo menudo, cortó junto al nudo, para dejar un tubito taponado en el extremo opuesto por el siguiente nudo. Terminó haciendo tres hendiduras, para graduar el paso del aire con los dedos.



—Ya está. Antes de probarla te voy a contar la historia de la caña. Cuando Dios creó los pájaros y los animales, se llenó el Paraíso de música. Todos sabían cantar. Cada uno de una forma distinta, inconfundible. Unos preferían el amanecer, otros el mediodía, incluso, algunos en plena noche. Unos cantaban porque estaban calentitos al sol, otros llamaban a su pareja, otros, haciendo de centinela, avisaban de los peligros.

Entonces las plantas se empezaron a quejar, porque ellas eran más antiguas y no sabían cantar. Las cañas eran las que más protestaban: "Tenemos siempre los pies mojados, somos muy frágiles, estamos vacías. ¡No servimos para nada!". En aquel momento Yavhé Dios mandó una ráfaga de viento que tronchó a la caña más alta. ¡Craac! Todos se asustaron. Se hizo un gran silencio. El viento siguió soplando, se metió por las hendiduras astilladas de la caña, y empezó a sonar una melodía nunca escuchada hasta entonces en todo el Paraíso. Parecía reír y llorar al mismo tiempo. Y desde entonces, todas las ramas, todos los juncos, y hasta las mismas espinas, aprendieron a silbar. Y todo el Paraíso se convirtió en una gran orquesta de flautas y de voces.»

—Mamá, ahora toca tú sola.

12. Las lágrimas

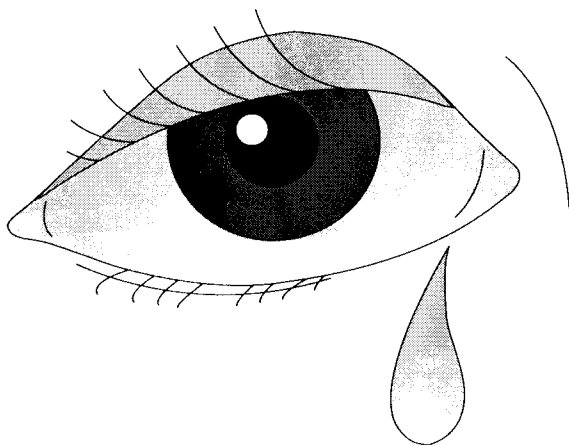
Cosa rara. Pero cuando llegó Jesús, a la atardecida, y entró en casa llamando ¡Mamá!, su Madre aún no había vuelto.

Sabía que no tardaría, y esperó haciendo rayas con un palo sobre la tierra.

—¡Mamá! ¿Dónde estabas?

Y al acercarse a darle un beso...

—¡Estás llorando! ¿Qué te pasa Mamá?



María se secó con el envés de la mano dos lágrimas, que regaban sus mejillas soleadas. Inició una sonrisa, pero dos nuevas lágrimas asomaron en sus ojos.

—Soldados romanos han llevado detenido al hijo de Raquel.

—¿A Jonatán? ¡Es el que más trabaja en el pueblo!

—Sí, Jesús, pero le acusan de que influye mucho entre los jóvenes. Dicen que es peligroso. Siempre pasa lo mismo con los mejores: se les persigue. A su padre, se lo encontraron desangrado en un barranco. Nunca se supo qué pasó. Todos tenían miedo.

—¿Y qué van a hacer con él?

—Lo que hacen siempre los romanos. Un juicio para condenarle. Lo azotarán hasta machacarlo. Y si sobrevive, en alguna colina, le colgarán en una cruz.

—Mamá, eso tiene que doler mucho, ¿verdad?

—Sólo de pensarlo se me saltan estas lágrimas. Y su buena madre, se queda sola. La pobre casi no se puede mover.

—Mamá, ¿y por qué las ovejas no lloran cuando se les muere un corderillo?

—Porque se olvidan. Dios hizo el corazón de los hombres como una esponja. Cuando se le aprieta por el dolor, escurre sus gotas que salen por los ojos como dos emisarios. Así nos avisan a los demás de que algo está oprimiendo el alma del que nos mira. Y nos invitan a que entremos dentro, para acompañar, para fortalecer, para compadecer.

—Pero, Mamá, también hay gente que llora de rabia.

—Esas no son lágrimas, hijo. Eso es como sangre sin color. Las lágrimas sólo brotan del amor misericordioso.

—Mamá, y Dios, ¿también llora?

—Supongo que sí. Como Tú, que te pareces tanto a Él.

Y en un beso se cruzaron sus lágrimas.

13. La jara

Aquel año, Abril venía pegajoso. Calor con tormentas breves, antes de acostarse el sol.

Jesús había pastoreado las cabras por los montes secos de Nazaret. La flor blanca de la jara le recordaba a su Madre, que estaría devanando la lana del huso.

—Mamá, mira lo que te traigo.

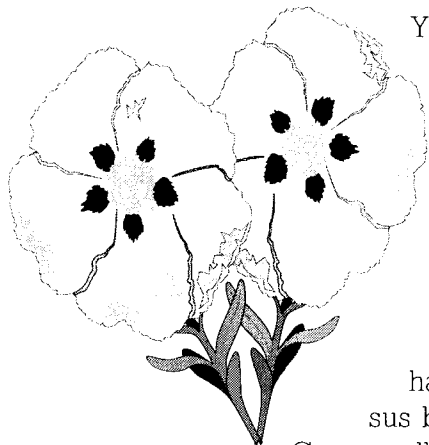
Y al volver la cabeza, tropezó su cara con un ramillete de flores de olor a miel.

—Hijo, estas flores, si las arrancas, se mueren, aunque las pongas en agua. ¿No sabes lo que pasó?

«Junto a las charcas de una dehesa de encinas, un verano, estaban hablando las flores de sus cosas; de sus bellezas, de sus colores, aromas...

Con aquella humedad era más fácil. De pronto, se fijaron en las jaras que crecían en la ladera de lajas pizarrosa, oscuras y reseca.

—Pobres jaras, con tierra tan mala, con tanto calor, no pueden dar flores. Han tenido mala suerte las pobres —susurró la adelfa



púrpura, mientras balanceaba sus ramas y flores. (¡No las toques que son venenosas!)

—Además no se puede uno acercar a ellas porque son muy pegajosas —añadió una margarita de manzanilla.

—El caso es que su mata da buen olor —observó con cierta envidia la última lavanda que aún mantenía su vestido morado.

La jara lo escuchó; pero como ya no tenía flores, no podía hablar, pero pensó para sus raíces:

—Es verdad. Yo no he tenido tantos medios para vivir muchos días. Me adelanto para beber el rocío del amanecer, porque mi tierra no retiene el agua. Me conformo con lo que me dio Dios; una blancura que recuerda su manto. Con un punto amarillo, al fondo de mis pétalos, atraigo a las abejas que acaban de despertarse del invierno, para que vengan a desayunar, y nos regalen con su miel. Y cuando todo parece muerto, cubierto con una sábana blanca de nieve, mis ramas aún sirven para quitar a los pastores el tiritar de sus manos. Me conformo con valer un solo día.»

—Pues eso Mamá. Que alegren la casa hoy. Mañana te traeré más —añadió Jesús, sin dejar terminar a su Madre la narración.

14. La amapola

La Primavera, después de Pascua, reventaba. En aquellos únicos días, Nazaret se parecía a las colinas húmedas de Basán.

Los trigales cuidados empezaban a asomar sus barbas adolescentes, y las amapolas, en las lindes, sobresalían, presumiendo, entre hierbas improductivas, como queriendo crecer en terreno prohibido.

—La amapola es la flor más bonita, ¿verdad Mamá?

—Es la más llamativa. Destaca sobre el verde, anula el morado de las malvas y se burla del amarillo juguetón de las margaritas.

—Entonces, ¿es mala la amapola?

—Cuando no se conforma con lo que es; como la jara que ya te conté.

Jesús se acercó a tomar una para dársela a su Madre.

—Espera, hijo. Te voy a explicar lo que es la amapola. Es una flor un poco pro-



vocativa. Nos obliga a mirarla sólo a ella. Con su rojo tan intenso y su punto negro en el corazón de cada pétalo, nos incita a meternos en su cáliz donde guarda una semilla que produce sueños y fantasías. Dura muy poquito, los pocos días en que mantiene erguidos sus cuatro pétalos. Si la arranca para guardarla, pierde inmediatamente su vigor, se arruga y se ennegrece. Si te acercas a olerla, descubres que no tiene perfume; se lo han prestado sus compañeras entre las que le gusta crecer y destacar. Ni siquiera las abejas encuentran miel. Es como si aparentase más de lo que es. Hace daño a los trigales jóvenes, pero los campesinos no se atreven con ella. Les recuerda a la sangre caliente que impurifica si la tocas. Es como si no se conformase con adornar los campos que crecen con el sudor de los hombres.

—Entonces, ¿no te gusta?

—Sí, hijo. Todo lo que ha hecho Dios me gusta, pero ya sabes que mi flor preferida...

—Es la rosa blanca.

Y María sonrió con el rabillo del ojo ante aquella interrupción.

—Déjala. No es para ti. Salúdala como a todas, pero no la toques. Todo lo que el Padre creó en el Paraíso no es para todos. ¿No te acuerdas del árbol de la «ciencia del bien y del mal»?

15. La lámpara

—Jesús, ¿me acompañas a casa de la tía Sara, a ver si encuentro en la bodega un cántaro grande para preparar las aceitunas?
—¡Con lo que a mí me gustan!

Cruzaron dos callejones, cerrando los párpados hasta dejar una pequeña rendija para que el sol, rebotado en las paredes blancas, no les cegara. Atravesaron un patio con aperos de campo, no útiles ya para la labranza, pero siempre almacenados por un por si acaso.

—Mamá, ¿por qué tío Joaquín guarda lo que ya no sirve?

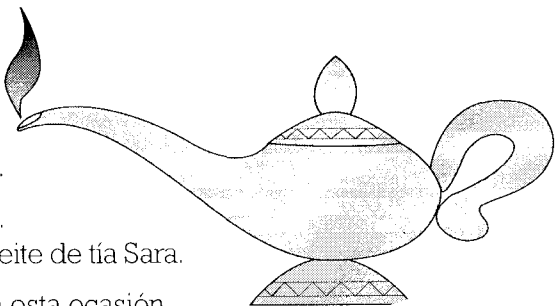
—Porque en Nazaret todo puede llegar a ser útil alguna vez. Es cuestión de esperar.

Abrieron una puerta, que se resistió hasta que Jesús dio un empujón con su hombro.

—Mamá, no veo nada.
Voy por la lámpara de aceite de tía Sara.

Y volvió despacito, en esta ocasión, porque iba con una mano cuidando la llama vacilante, y con la otra enhebrado el índice en la argolla de barro de la lámpara.

—Ahora sí que se ve un poco.



—Jesús: un acertijo. ¿Dónde está la luz?

—Pues en la lámpara, Mamá, ¿no lo ves?

—¿Sííí...?

María, fue dejando caer su palma suave desde la frente hasta tropezar con las pestañas de Jesús.

—¿Ves algo?

—¿Cómo voy a ver si me tapas los ojos?

—Pero, ¡la lámpara sigue encendida!

En ese momento retiró la mano de los párpados. Jesús abrió sus ojos grandes, admirados, como buscando una respuesta que no le venía a su imaginación.

—Entonces, ¿dónde está la luz, en la lámpara o en tus ojos? Mira, Jesús, la luz siempre está en la mirada de las personas. Los hay con una luz muy brillante, porque ven hasta los rincones más oscuros de los demás; y allí llevan su luz. Porque la luz refleja siempre en lo blanco; lo negro se la come. Los que tienen unos ojos llenos de luz son los que saben descubrir lo bello que nos rodea y lo mucho bueno que hay en cada uno de los que nos cruzamos. Hay algunos que tienen los ojos muy abiertos, pero están ciegos, porque todo lo ven oscuro, malo; no encuentran nada en la vida, porque les falta luz.

—¿Y Bartimeo, el ciego, no volverá a ver más?

—Sí, Jesús, porque la luz de los ojos sale de la lámpara del corazón. Bartimeo tiene mucha reserva de aceite dentro. Sólo necesita prender la mecha. El día en que no se burlen de él, ¡iluminará!

—Mamá ¿yo, cómo tengo los ojos?

María acercó su mirada hasta cruzar sus pestañas con las de su Hijo.

—¡Cada vez más abiertos, Hijo! Y al fondo descubro una gran antorcha.

—¡Es para verte mejor!

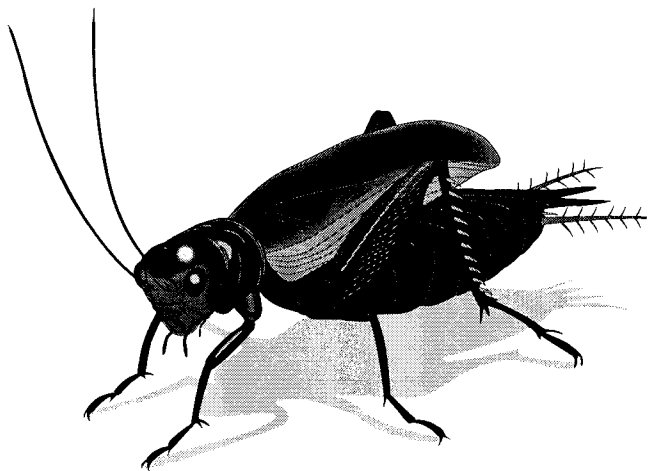
16. El grillo

En aquel atardecer tórrido del centro del verano, después de aplastar el sol con sus rayos perpendiculares la aldea de Nazaret, el aire ya no se atrevía ni a moverse.

María, a la puerta de su casita encalada, deshacía, con ayuda de la rueca, los grumos de lana, para convertirlos en hilos gruesos. Jesús descansaba, mullido, en el cesto repleto de pelo de oveja.

El grillo comenzó a grillar frotando sus alas duras.

—¿Oyes, Mamá?... Ya está el grillo sonando. Siempre lo hace igual. Es muy monótono. No es como el ruisenñor.



—Es para acompañar al resto de los cantos.

«Una vez se juntaron en una misma encina todas las aves que sabían cantar. Y empezaron a presumir de sus variados trinos. Cuando empezaba el jilguero, el canario quería hacerlo mejor, y así el resto de los pájaros flautistas. Al cabo de un rato, de aquellas ramas no se oía más que un griterío estridente y descompasado. Pasó por allí un grillo. Miró desde la tierra a todas aquellas aves, y al oír aquel desconcierto, se animó a trepar, despacito, al tronco, hasta colocarse en el nudo de donde se esparcen las ramas. Desde allí las veía a todas. Entonces empezó a frotar sus resistentes alas negras, y dividió el aire con su cri-cri, para marcar el tiempo en sonidos regulares. Las gargantas cantoras de los pájaros se enmudecieron extrañadas ante aquel sonido desconcertante para ellos. Esperaron un buen rato, hasta que comprendieron que aquel sonido señalaba un ritmo. Y poco a poco fueron entrando con sus sonidos maravillosos, los trinos de todas las especies cantoras. Al poco tiempo, aquella encina era la caja de música más maravillosa que se ha escuchado. Desde entonces, las aves cantoras le pidieron al grillo que fuera su director de orquesta.»

—Ahora entiendo por qué en invierno no cantan los pájaros. Les falta el grillo que les dé el compás.

—Mira, Jesús, los pájaros cantores son tan buenos y obedientes, que hacen caso al grillo, aunque su cri-cri no sea tan bonito como sus trinos. Y es que hace falta siempre alguno que dirija, aunque sea negro y feo como el grillo, para que la armonía resuene en la naturaleza.

—Mamá, ¿tú eres ruiñeñor o grillo?

—¿Tú que crees?... Pero a lo mejor, mi Niño termina siendo el grillo que necesita nuestro Pueblo.

17. El majuelo

—¡Mamá, me he hecho sangre en la cabeza!

Por el lado izquierdo de la frente de Jesús le caía un hilillo de sangre, que ya se había detenido en la mejilla, después de restregarlo con el antebrazo.

—¿A ver? —María rebuscó por el pelo ensangrentado el origen de la herida—. No es nada. Vamos a limpiarlo.

Con un pañito blanco de lino, siempre preparado, fue deshaciendo los brumos de sangre y polvo.

—Cuéntame cómo ha sido.

—Iba por el monte con Eleacín mientras pastaban las ovejas y las cabras del pueblo. Ya sabes lo travieso que es. Cuando iba descuidado, hablando del desastre que hizo el vendaval, me cogió el zurrón, con el pan y los higos que siempre me pones, fue corriendo y lo tiró en un majuelo lleno de espinas. Me gritó: «¿A que no lo coges?». Me acerqué despacito, apar-



té algunas ramas con púas y metí la cabeza para acercarme más. No vi una espina, y me la clavé. Me eché para atrás, y entonces Eleacín me dijo: «Jesús, que a las espinas no te puedes acercar con las manos indefensas». Y con un par de bastonazos, se abrió paso y me cogió el zurrón.

—¿Has visto esas bolitas rojas del majuelo? Son gotitas de sangre como la tuya. Cuando las plantas se repartieron los terrenos para crecer, al majuelo lo desterraron al páramo seco. Temían sus afiladas agujas. Así, los animales y la gente pasaban lejos para no pincharse. El majuelo no quería hacer daño a nadie. Alegraba la primavera con sus menudas florecillas blancas que cubrían todo el arbusto. Si tenía púas, era para cobijar a los animales indefensos, atacados por otros más fuertes. Lloró de pena al verse incomprendido, y le salieron unas bolitas verdes. Pero nadie se atrevía a comerlas porque creían que encerraban veneno. Paso, el otoño, y todas se desprendieron de sus hojas y frutos. Y se quedaron como muertos. En cambio el majuelo seguía verde, ¡vivo! Pero nadie le quería. Entonces empezó a sudar sangre para hacer sus frutos más sabrosos. ¿No los has probado?

—Sí, Mamá, muchas veces. Saben como a manzanitas, pero con hueso.

—Así pueden comer algunos animalillos en invierno y no morir de hambre... pero si no tienen miedo a las espinas...

—Mañana te traigo un puñado.

—Sí pero cuidadito no vayas a venir como si te hubieran puesto un kipá de espinas en la cabeza. No me gusta ver la sangre de mi Niño.

—¿Y si es por ti?

—Entonces, te tendré que poner la túnica nueva del sábado para que estés más guapo.

modos. En los charcos que iba dejando el río, los mosquitos montaron su taller y empezaron a multiplicarse de tal manera que ya eran grandes ejércitos de alfileres dispuestos a atemorizar a todos los animales terrestres. Se juntaron en un Consejo para estudiar la solución. Había que ordenar aquel crecimiento, porque empezaban a molestar. El león, a pesar de ser el Rey de los animales, no podía con ellos; se le enredaban en sus melenas y se burlaban de sus bostezos y rugidos. La pantera no los alcanzaba con sus saltos. Con la trompa, el elefante no alcanzaba ninguno.

Dios lo vio desde el Cielo, abrió un agujerito entre las nubes y llamó a las golondrinas. Acudieron todas muy alegres, silbando con la punta de sus alas.

—Me vais a hacer un favor. Vosotras os alimentaréis de los mosquitos. Se han multiplicado más de lo que les permití, y están empezando a molestar a mis animales. Cuando cree al hombre no quiero que le hagan daño, porque les voy a hacer con la piel más fina y bella y de color de miel. Os doy alas largas para volar más deprisa que ellos. Un pico ancho para que cacéis de tres en tres. Unas patitas cortas para que no os entren ganas de posaros en el barro de las charcas a destruir sus huevecillos. En vuelo rasante tomaréis con el pico una gotita de barro, para ser alfareros como Yo, y construir vuestra casa. El barro es bueno para modelar, pero no para pisarlo y mancharse. Por eso, vosotras, no podréis posaros en la tierra. Os pinto de blanco vuestro plumón del pecho para que nadie pueda pensar que sois sanguinarias.

Y a medida que cada golondrina se despedía de Dios Creador, su dedo tocaba su pecho y sus plumas parecían estrellas fugaces en el cielo.»

—Mamá, ¿por qué no nos pican los mosquitos con sus agujas?

—Porque hemos dejado a las golondrinas que llenen el tejado de sus cántaros en donde resuenan los píidos de sus polluelos. Dicen que las más grandes y fuertes saben hasta sacar espinas que se claven en la carne. Algún día podremos necesitarlas.

19. La flauta

Con pasos intencionadamente misteriosos, Jesús se acerca, con las manos atrás, escondiendo un objeto. María abandona su rueca de hilar, abriendo sus ojos negros para aumentar la sorpresa.

—Mamá, ¿a que no sabes lo que tengo?

—A ver... mírame bien a los ojos... ¡una flor!

—Esta vez... no. Suenan mejor.

—¿Un jilguero con la patita rota para que le cure?

—¡Uy!. Te vas acercando.

—¿Quién te lo ha dado?

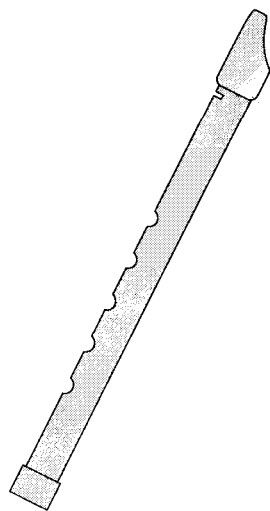
—No vale, porque entonces, lo adivinas. He subido a la majada del abuelo Merarí.

—¿No habrás pedido otro queso?

—Me ha regalado una flauta.

Y con la punta de los dedos tomó la caña agujereada, que ya estaba deseando descubrir.

—Pues ahora Mamá, te va a contar la historia de la flauta.



«Hace muchos años, cuando nuestros padres llevaban por el desierto sus rebaños, había uno muy joven que siempre madrugaba más para ir más lejos, buscando algún pasto no triturado. Se pasaba el día entero solo y se aburría al no hablar con nadie. Un mediodía alcanzó un humedal con hierba fresca, juncos, cañas y palmeras. Se sentó a la sombra de una adelfa cuajada de flores blancas y se quedó, como siempre,... escuchando —y María apoyó sus palmas en los oídos como para oír mejor—. El aire suave silbaba en la punta de los juncos, los ruiseñores invisibles jugaban con sus trinos al escondite, las chicharras rascaban sus alas para entrar rítmicamente en aquella música. Y en aquel silencio armonioso, nuestro pastor se puso a hablar con Dios.

—Dios de Abraham, nuestro Patriarca, pastor como yo. Tú has creado la naturaleza del desierto para que cante y suene, y a mí, que soy su pastor para alabarte por todos ellos, sólo me has dado un silbido estridente para llamar a mis ovejas. ¿No podría ser también músico?

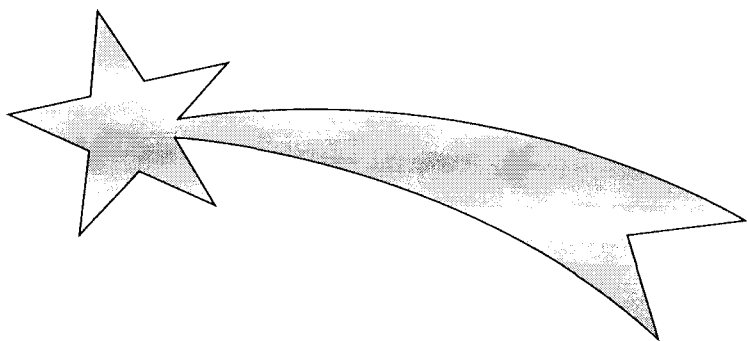
Y en aquel momento una ráfaga de viento tronchó una caña. El pastor se acercó, curioso. Le dio pena dejar aquella caña rota y con su cuchilloafiladísimo en tantos ratos perdidos, la cortó de un tajo. La miró; la peló; seleccionó el trozo más largo entre nudos. Cortó la punta con tajo transversal, y como jugando, distraído, fue haciendo agujeritos. El viento volvió a soplar y se metió por la caña y arrancó sonidos nuevos. Con los dedos tapó algunos orificios y las notas cambiaron. Empezó a jugar con sus dedos y salió una melodía. Sopló él mismo por la punta y comprobó que dominaba el viento... Siguió ensayando y se convirtió en el mejor flautista de nuestra historia de pastores. Desde aquel día una nueva ilusión les llevaba tras el ganado.»

—¿A ver mi pastorcito bueno cómo toca la flauta?

20. La estrella

Aquella tarde del centro del invierno, anochecía antes de poder terminar la labor entre los dedos. El esqueleto curvo de la luna naciente se sentía acompañada del único lucero que se resistía a la luz escondida por el poniente. Solos, Madre e Hijo charlaban ante un cielo aún con luz.

—Mamá, ¿por qué no me vuelves a contar la historia de aquella estrella grande y distinta, que lució durante mi primer mes de vida?



—Ya te la sabes muy bien.

—Pero me gusta oírla. A ver si, por fin, la entiendo.

—Ya te hablé de aquel adivino gruñón, Balaam.

—¿El que profetizó por boca de su burra?

—Mejor: el que bendijo, cuando le habían llamado para que mal-dijera. Avisó que una estrella muy especial anunciaría el nacimiento de un Rey, pero un Rey distinto a Herodes. Un Rey pobre, justo, débil, en el que se iban a apoyar los olvidados de siempre, para sentarlos junto a su trono, que no era más que un campo florido junto al Lago de Tiberíades.

—¿Aquellos tres señores que vinieron con muchos dromedarios a visitarnos al poco de nacer, eran también reyes?

—Nunca supe qué eran en realidad. Casi pareció como un sueño. Acababas de mamar y estabas dormidito. Me gustaba mucho verte así. Cuando me levanté de puntillas, para no despertarte, me encontré a tres personajes, abriendo la puerta, vestidos como no había visto nunca. Eran muy educados y corteses. Se les notaba cansados, pero tenían la alegría de los niños en el rostro, aunque eran mayores. Sin preguntarles, comprendí que venían a verte. Descorrí la cortina. Se pusieron de rodillas y empezaron a llenarse de lágrimas sus ojos tan tiernos. No sé el tiempo que pudieron estar tan quietos y tan a gusto. Pero al salir, lucía, solitario, un gran lucero, que decían los sabios que era una estrella que anunciaba el nacimiento de alguien muy importante.

—¿Ese, soy yo?

—Es lo que me dijeron aquellos hombres. Uno me dejó un cofrecito con monedas de oro, y me dijo: «El Niño enriquecerá a los pobres». Otro me dio una cajita con incienso muy puro, y me advirtió: «El Niño desbaratará la sabiduría de los prudentes». El tercero me ofreció una arquita con mirra, y me aseguró: «El Niño será la fortaleza de los más rotos».

—Pero Mamá, nosotros no somos ricos, ni sabios, ni tan fuertes como el bruto de Sansón.

—Eso digo yo, pero aquellos hombres estaban diciendo una verdad. Se les notaba en los ojos. Habrá que esperar para entender todo. Tú sigue siendo niño, y sigue escuchando a Dios, que conoce nuestro amanecer y nuestro crepúsculo, como el de esta noche.

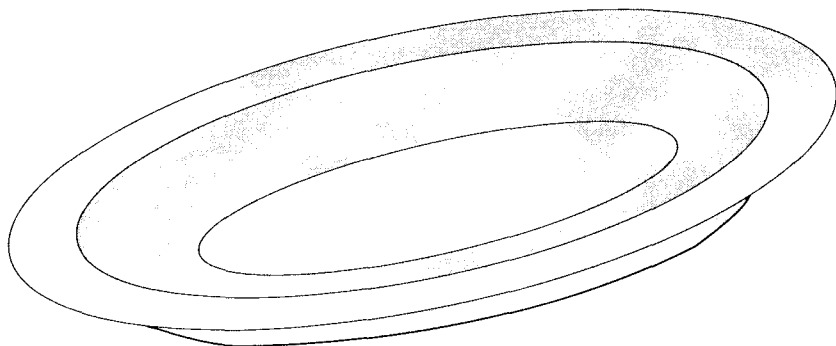
21. El cristal

—**M**amá, hoy ha llegado un mercader de Creta con un jarrón de cristal tan transparente, que no se distinguía casi cuando le echaba agua. Decía que sólo se lo vendía a los reyes.

María ahuecó la voz para responder, mientras giraba la mano como para hacer una gran bola de lana.

—... Y por eso ha venido a vender a Nazaret, donde hay tantos palacios... Pero el cristal siempre es bonito.

«Hace muchos años había en Magdala un alfarero muy habilidoso, que hacía cada vez las vasijas más finas. En su interés por superarse, soñaba con hacerlas transparentes.



Consiguió de los mercaderes fenicios las mejores arcillas de los pueblos lejanos, pero iba perdiendo la vista y la sensibilidad en las manos, y no conseguía que sus cerámicas llegasen a ser transparentes.

Andaba por aquellas orillas del Lago un hombre solitario, arrastrando la túnica, las sandalias atadas con cordeles de gavillas, la barba desigual y el cabello sólo crecido por encima de las orejas. Tenía cara de bueno y de loco. La gente se reía de sus dichos, pero al final todos seguían sus consejos, porque en sus locuras tenía siempre razón. Le llamaban como al profeta, Ezequiel.

Entró un día en el taller del alfarero, cuando el sol se sumaba al horno de leña para resecar las tejas, los botijos y sus mimadas cerámicas.

—Si quieres hacer tus jarros transparentes, hazlos con arena. Vete al río, llena un caldero de cobre con arena y caliéntalo al fuego.

—¡Ezequiel!, si la arena es lo que destroza el barro.

Se marchó el ocurrente Ezequiel. El alfarero siguió con su labor atenta. De pronto, paró el torno donde trabajaba, y pensó: "Si me hubiera dicho algo difícil lo haría; ¡cuánto más si es una cosa tan simple".

Y obedeció. Un humeante líquido azul, como el color del Mar Grande, llenó el recipiente. Asustado, sopló con el fuelle y al instante se endureció en forma de campana. La luz pasaba a través de sus paredes sin rayarla ni ensuciarla. El fuego, jugando, se reflejaba en sus paredes. Se acercó a mirarla y vio su rostro engrandecido. Pasó la mano y la sintió más suave que la misma seda. ¡Había descubierto el cristal, la arcilla transparente que superaba al barro!»

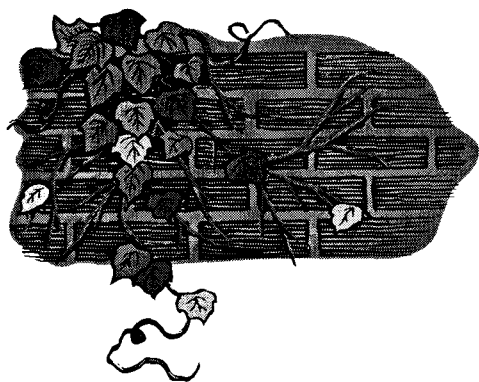
Jesús interrumpió la interesante y misteriosa narración de la Madre.

—Mamá, ¿a que tú estás hecha de cristal?

—Y mi Niño lo ha sacado en sus ojos.

22. La hiedra

María y Jesús bajaban ligeros por el camino de Poniente hacia la casita blanca y templada en el atardecer del invierno, antes de que la escarcha descendiera sigilosa, imperceptible, para detener los primeros brotes con su capa de rocío. Todos los árboles eran puras ramas escuálidas. Las pocas hierbas del camino, lacias, tristes, sin fuerza para vivir.



—Mamá, la hiedra que se agarra al muro de adobe, es la única planta que se mantiene verde.

—¿Tú no sabes que el muro y la hiedra hicieron una alianza para defenderse?

—¿Cómo fue eso?

—Hace muchos años, unos pastores levantaron un muro de bloques de adobe.

—¿Cómo los que hicieron nuestros hermanos en Egipto?

—Allí es donde aprendieron. Continúo. Necesitaban hacer un aprisco para recoger por la noche a las ovejas, y que las cabras no se les escaparan.

—Mamá, es que las cabras se lo saltan todo. No hacen caso.

—Sí, hijo, son muy inquietas. Sigo. Pero el viento y el agua pronto desgastaban el muro, y se venía abajo. Había que volver a levantarlo todos los veranos.

—¿Y por qué no lo hicieron de piedra, que dura más?

—En aquella región del cuento que te estoy contando (si no me interrumpes), no había piedras... pero un día un esqueje de hiedra empezó a echar raíces en los cimientos del muro. Entonces el muro le dijo:

—Oyes, hiedra, déjame tranquilo, que me vas a deshacer lo poco que tengo de cimientos para apoyarme.

—Mamá, ¿qué son los cimientos?

—Lo que tenemos más dentro, que no se ve, pero es donde nos sostenemos.

—¡Yavhé!, que lo dicen los Salmos.

—Sí, pero el muro no entiende del Altísimo. Entonces, la hiedra le dijo:

—Vamos a hacer un pacto. Mira, yo sólo puedo arrastrarme por el suelo. Me pisarán todos los que caminan, y no podré sobrevivir. El polvo me va a ahogar. Tú, en cambio, tienes la altura que puedes prestarme para que yo crezca pegadito a ti.

—¿Y tú, que me darás a cambio?

—Muy sencillo. ¿No te quejas de que te desmoronas enseguida con cualquier cambio de tiempo? Pues yo te voy a cubrir entero, con mis hojas siempre verdes, para que la lluvia escurra y el viento resbale. Así no te desharán.

—O sea, Mamá, que un muro sin fortaleza, y una hiedra que se la maltrata y pisa, hicieron una alianza para sumar sus debilidades y hacer algo que dure mucho.

—¡Qué listo es mi Niño!

Las yemas blancas de los dedos de María tamborilearon sobre los caracolillos negros de un pelo revuelto. Y siguieron el camino.

23. El nardo

—**M**amá, ¡qué bien huele este campo!

—Son los nardos los que despiden este olor.

—¿Y qué flores son, Mamá?

—Mira, aquella blanca que parece como una espiga y que nace junto a la piedra.

Jesús se despegó de la sombra de su madre y en una carrera se acercó a la flor. La miró, apoyó la rodilla en el suelo y sus dedos tiraron del tallo, hasta arrancarla. Con cara de misterio exhaló el aroma profundamente, mientras sus párpados dibujaban una mueca de satisfacción.

—Mamá, ¿si la guardo en un tarro con agua llenará de su olor toda la casa?



—Claro. Llévatela y verás como todo va a oler a nardo. ¿No te he contado lo que le pasó al barro del arroyo del Alfarero?

—Esa historia no me la sé.

«Hace muchos años había en Nazaret un alfarero llamado Dan. Recorría los campos en busca de buena arcilla para moldear sus cántaros. Un día, cansado, se sentó junto al arroyo para beber un poco de agua. Pisó la hierba y descubrió que debajo estaba la arcilla que buscaba. Llenó las espuelas de su asno y se fue al taller. Con ilusión tomó la primera pella de barro y comenzó, con manos de artista y corazón de madre, a moldear el primer cántaro. De pronto, se detuvo. Lo que estaba amasando olía a nardo, en lugar de a moho. Se puso a hablar con el barro, como con un hijo.

—¿Por qué hueles tan bien? El barro huele a humedad de podredumbre.

—Querido artesano. ¡Yo he tenido la suerte de vivir junto a los nardos!»

—Mamá, ¿el olor se pega?

—Sí, Hijo; está en el aire, penetra en nuestro pecho, y nos entran ganas de ser como el olor que hemos sentido.

—Y las personas, ¿también huelen?

—Sí. Notamos que han pasado por allí, porque han dejado su olor. Pero para eso hay que tener muy buen olfato.

—Pues, tú, Mamá, hueles mejor que el nardo, porque enseguida todos notan por dónde has pasado.

Con las dos manos sujetó las sienes de Jesús. Acercó su nariz a los cabellos lacios y respiró con fuerza para que se oyera la exhalación.

—Y mi Hijo, ¿a qué huele?

24. La roca

Jesús, como todo niño curioso, se había pasado la mañana mirando y remirando cómo su padre José, ayudado por Timoteo y Elán, construían la casa de Abisay y Débora, que se casaban después de la Pascua. Al volver a casa todo se cuenta a la Madre.

—Mamá, ¿a que no sabes lo que más les ha costado para construir la casa?

—Mamá, no adivina los pensamientos de mi Niño —con ese tonillo ingenuo para que se entienda lo contrario.

—Tardaron mucho en sacar la piedra del cimientto, porque estaba incrustada en la roca. Tenían que hacer palanca los tres, con una barra de hierro, para arrancarla. Cuando la sacaron del hoyo, todos aplaudimos.
¡Habían ganado!

—¡Qué suerte han tenido, porque la casa se va a construir sobre roca! Así no se vendrá abajo nunca. Ya conoces las primeras palabras del Libro Sagrado. ¿Qué creó Dios el día tercero?

—¿Por la mañana o por la tarde?

—Por la mañana.

—Reunió las aguas en el mar, y apareció la tierra firme.

—Y entre el mar y la tierra, ¿qué hay? (cuando María le hacía tantas preguntas es que quería enseñarle algo).

—Pues, ¿qué va a haber, Mamá? ¡Arena de playas!

—Mira, Jesús. Hay hombres que construyen su casa sobre arena. Es más fácil. Con una simple azada, pueden hacer solos una zanja para sus cimientos. Terminan muy rápido y no se fatigan ni sudan. Pero cuando llega el invierno y vienen los vendavales, la lluvia deshace los cimientos y el viento tumba la casa. En cambio, los que construyen sobre roca, como tu padre, piden ayuda a los vecinos y después de muchos días de esfuerzo, empiezan a poner piedras y ladrillos para levantar los muros. Cuando está terminada, no hay lluvia ni viento que pueda con ella. Sus habitantes se sienten seguros.

—¿Por eso nos dice Moisés que Yavhé es nuestra Roca?

—Los que edifican su vida sobre las monedas, su fuerza altanera y su habilidad para engañar, construyen sobre arena. Pero los que construyen sobre esta Roca, serán fieles hasta el final.

—Mamá, el sábado en la sinagoga, cuando cante con David, voy a gritar muy fuerte: «Dios mío, mi Roca, mi fuerza salvadora, me defiende de los enemigos».

25. Oro, incienso y mirra

—Mamá, ¿por qué no me cuentas la historia aquella tan bonita, en que unos hombres con vestidos muy raros, vinieron a verte cuando yo nací?

—Ya te la sabes muy bien.

—Sí, pero me gusta que me la repitas.

—Fue como un cuento, como una «hagadá» narrada por nuestros rabinos. Fue tan maravilloso y extraño, que a veces pienso si no fue como un sueño.

—No estabas dormida, Mamá, porque guardas en un tarro la mirra que te regalaron.

—Sí. El oro se lo regalamos a una viuda enferma que no se podía mover. El incienso lo gastamos en la cueva de Belén para que mi Niño oliera mejor. Y la mirra... —con un gesto de tristeza amable— por si hay que embalsamar algún cuerpo. Nunca se sabe.

«El sol ya se había levantado y yo estaba terminando de limpiar, un poco más, aquel establo con tela-



rañas y paja incrustada. Como estaba cantando no oí que llamaban al portalón. Entró un chico joven, como un beduino del desierto, con un broche dorado en el turbante. Por señas y palabras que no entendía, me preguntó si había nacido un niño. Le indiqué, con el dedo en los labios, que dormías. Salió, y antes de que pudiera llegarme a la puerta, ya entraban tres personajes de sueño, como no los había visto jamás. Al más anciano lo llamaban Melchor, con su cara tan blanca como su barba; miraba con una amabilidad que se escapa de los ojos. Gaspar era joven y del color del pan tostado en el horno; sus ojos eran de admiración y curiosidad. Baltasar tenía el mismo color de la piel que algunos esclavos romanos y miraba dando confianza, como si fuera de la familia.

—¿Cómo iban vestidos?

—Distinto a nosotros, porque venían de pueblos muy lejanos y desconocidos, pero no te puedo decir los detalles de sus vestiduras, porque ya sabes que Mamá sólo mira a los ojos.

—¿Qué te contaron?

—Nada de palabra, porque no entendía su lengua, pero sí comprendía sus gestos. Se acercaron muy despacito al pesebre blanco para no despertarte. Se inclinaron hasta dar su frente en el suelo de barro apelmazado y después dejaron tres cofres con oro, incienso y mirra.

—¡Entonces, te anunciaron que yo soy Rey!

—¿Es que no lo eres para Mamá?

Tomó entre sus manos la cara de Jesús. La sujetó para que no se moviera y, muy despacito, inclinó su frente hasta tocar la de Jesús.

—Te adoro.

Jesús cerró los ojos y siguió soñando en cuentos orientales.

26. El jazmín

Aquella noche, hasta la luna daba calor. María y Jesús, sentados sobre el poyete adosado a la pared, dejaban escapar la noche, a ver si a fuerza de estrellas, refrescaba algo para poder dormir.

Los jazmines, que habían logrado vestir las estacas del sombrajo, despedían su frescor con el aroma de sus pétalos.

—¡Qué bien huele, Mamá! ¿Por qué no me cuentas la historia de los jazmines?

En el reposo refrescante, a María le cogió esta vez de sorpresa.

—Pues... verás... una vez... Como siempre... todo empezó en el Paraíso... ese jardín inmenso en el que al Creador no se le olvidó ningún detalle... (y le llegó la inspiración).

«Hacía una noche como la de hoy. El sol había calentado fuerte para ayudar a las semillas a secarse en su momento. El aire se volvió perezoso por el calor, y no quiso moverse. Los animales buscaban la poca hierba verde para reposar sus cuerpos jadeantes. Y Adán y Eva, con una hoja grande, de las que aquí no hay, movían el aire para inventar el viento.

—Adán, es la primera noche que nos cuesta dormir por el calor.

—Eva, será nuestro Creador que estará ensayando con lo que más nos favorezca.

Un jazmín crecía enroscado en unos arbustos. Al oír la queja de su dueña, abrió los cuatro pétalos blancos de sus cientos de florecillas, para que, en todas direcciones su olor suave se extendiera por el entorno y sirviera de alivio al bochorno.

—¡Qué bien huele!

—¿Quién ha sido? —preguntó la curiosidad de Eva.

Ni la gacela, ni el avispado conejo, ni el curioso zorro, ni el resabiado búho. Sólo la lechuza blanca lo sabía. Revoloteó, sin ruido, hasta Eva y le dijo en secreto.

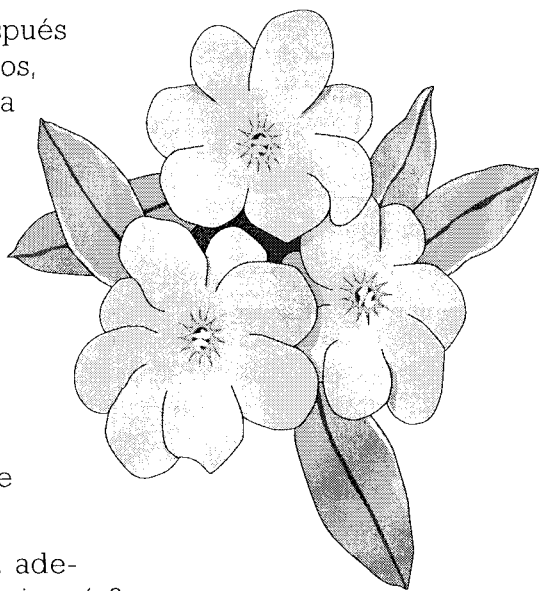
—Ha sido el jazmín.

Cuando amaneció, después de haber descansado todos, Adán y Eva se acercaron a dar las gracias al jazmín, pero apenas notó su presencia, cerró todos los pétalos y guardó su perfume para cuando no lo notara nadie. Y es que el jazmín es la flor que no quiere presumir.»

—Mamá, ¿por qué tu no hablas nunca de lo que haces?

—¡Lo ve el Altísimo!... además... ¿no ves que soy un jazmín?
—y alargó la mano para tomar una flor.

Exhalaron su perfume. Y sonrieron los dos mirando a la luna.



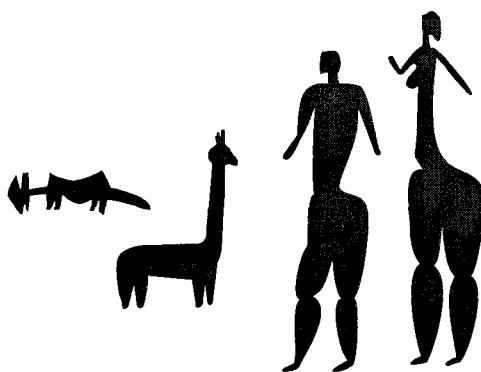
27. Dios Creador

María estaba atenta al hervor de la olla de lentejas. Hacía un rato que no escuchaba a Jesús. Sin dejar de pelar las cebollas, que le hacían jugar con los párpados, dijo:

—¡Jesús!, Hijo, ¿qué haces, que no se te oye?

—Nada, Mamá. Estoy jugando a Dios Creador.

Con la punta del delantal se secó las manos y salió al patio. Encontró a Jesús manoseando con la arcilla para hacer animalitos. Ya tenía un caballo, un cordero, algo parecido a un perro y estaba terminando un muñeco, con los brazos bien abiertos y las piernas separadas para que se mantuviera en pie.



—Este es Adán.

—¡Qué artista es mi niño!

Tomó una pella de arcilla. Hizo una bolita para la cabeza, dos rollos para los brazos, un cuerpo sin forma que terminaba en dos piernas. Para completar su obra, aplastó en la palma de la mano más arcilla, y modeló con las uñas una cabellera que le cubría todo el cuerpo.

—Mamá, ¿cómo era nuestra madre Eva? ¿Se parecía a ti?

—¡Mucho más guapa! ¿No ves que la hizo Dios Creador? Tenía... un cabello negro, largo y brillante... un rostro como cuando tu vuelves a la carrera... una voz para poder cantar con todos los pájaros,... unos ojos vivos y curiosos para ir dando nombre a todas las preciosidades que Dios había puesto en el Paraíso. Por las tardes, se lo contaba todo al Creador, con la misma sonrisa que la de la pequeña Raquel cuando viene a hablarte de lo que ha descubierto.

—¿Era muy lista?

—La más lista. Todo se lo preguntaba a Dios para entenderlo todo. Quería ser casi tan lista como Él.

—Por eso quiso comer de la fruta del árbol de la Ciencia...

María atusó con la yema de los dedos, lenta y cariñosamente, la cabellera de arcilla de Eva, que empezaba a oler a cebolla de puchero. Detuvo sus palabras y su sonrisa.

—Sí, Hijo... era... de barro.

—Mamá, ¡yo no soy de barro!, ¿verdad?

Y con la mano rezumando arcilla se pellizcaba en el brazo.

—No, Hijo, tú... no.

—¡Ni tu tampoco!, Mamá.

—¡Qué ocurrencias tienes! Sólo a ti se te ocurre jugar a Dios Creador... ¡Vamos a lavar esas manos de «artista», que las lentejas están a punto!

—Mamá, hoy me vas a poner media cucharada más, ¡que he trabajado mucho!

—Sí, Hijo, ¡hasta el sexto día de la Creación!

28. El lirio

Los pinchazos del frío invierno habían pasado enseguida. El sol empezaba a levantarse cada día más temprano y amanecía con ganas de calentar. Los rayos jugaban a mago con las gotas de rocío hasta hacerlas desaparecer.

Jesús había vuelto del pastoreo comunal. Repartió las ovejas y las cabras en los apriscos reducidos de los vecinos y se despidió de sus compañeros, aprendices de pastor.

—¡Shalom! Mañana me toca a mí empezar el juego, que hoy he tenido que hacer de burro.

En aquel momento vio cruzar por el callejón de la sinagoga a su Madre, camino de casa. Aún guardaba energías para saltar entre los surcos secos del agua. Se abrazó a la cintura de su Madre, que se hizo la distraída para gozar de la sorpresa.

—¡Te cogí!

—¡Qué susto me has dado!

Y enfundó con su brazo el cuello de Jesús para que no se le escapara.

—Mamá, hoy he visto la flor más bonita. ¿A que no sabes cuál es?

—A ver que piense... aún no han salido... ¡Ya! ¡El lirio!

—¿Cómo lo has acertado?

—Porque me lo ha soplado la brisa, que no sabes de dónde viene, pero siempre trae secretos para contar.

—¿Qué te ha dicho?

Enterrada en la tierra estaba una especie de cebolla. Fuera hacía mucho frío, y no se atrevía a salir. Tenía muchas ganas de saludar a los cardos secos, a las retamas esqueléticas, a las hierbas amarillentas, para anunciarles la buena noticia de que se acercaba el calorcito. Entonces una piedra de granito dijo:

—Mira, cebollita. Voy a coger sobre mis grandes espaldas todo el sol que pueda, para calentarte por la noche y ayudarte a que asomes tu penacho de tres plumas verdes. Yo no me puedo mover... ni crecer... y además... soy muy fea. ¡Fíjate!, no sé ni llorar. Cuando tu creces a mi lado, y me dejas ver tu vestido como el amanecer, pero en azul, me siento muy contenta. Yo sé que sólo lucirás durante media luna, pero es la más feliz de mi aburrida vida. Me siento más útil que si me arrancan para levantar una tapia.

—Mamá. ¡Si vieras todo el campo lleno de lirios!

—Es el vestido que Padre-Yavhé regala a los campos pobres que aún tiritan de frío.



29. La paloma

María había recogido la mesa. Tomó con la punta de los dedos las cuatro esquinas del paño y salió al patio, llevándolo con la delicadeza del que lleva un tesoro. Apenas lo sacudió al aire, ocho palomas acudieron con su posar torpe, a por el escaso, pero constante, festín de migas de pan. Jesús se presentó allí como uno más.

—Mamá, el sábado llegó al palomar de Jonatán (el que siempre lleva el burro cargado de mercancías) una paloma que llevaba en la pata un pequeño papiro con un mensaje. ¿A que no adivinas lo que ponía?

—¿Cómo lo voy a saber? Pero... a lo mejor... haciéndote unas preguntitas... lo saco. Me tienes que mirar muy fijo a los ojos. Puede ser... ¿una boda?

—No.

—Puede ser... ¿la visita del rey Herodes?

—No. Te estás desviando. Frío, frío.

—Entonces será... ¡un nacimiento!

—¡Sí! ¡Qué lista eres! ¡A su hijo le ha nacido un varón!

—Mira, Jesús, las palomas siempre nos traen buenas noticias. ¿Te acuerdas de la historia de Noé?

—Me la sé sin pararme —y comenzó la narración del diluvio, con la precipitación de un chaparrón—: «Yavhé dijo a Noé:

—Entra en el Arca con toda la familia...».

—Espera, espera, que no sabes lo que ocurrió dentro del Arca. Cuando los relámpagos obligaban a cerrar los ojos, y los truenos apretujaban a los animales asustados, había una paloma, serena, posada sobre el marco del ventanuco, viendo llover, llover y llover. Parecía que no se cansaba de vigilar. Al cabo de cuarenta días dejaron de repiquetear las tablas del techo. Respiraron a humedad todos los animales. Noé no veía casi nada, porque los nubarrones feos hacían una barrera para no dejar pasar al sol.

—Paloma —dijo Noé—, ¿te puedo pedir un favor?

La paloma giró el pico para mirar a su dueño.

—No puedo saber si han bajado las aguas. Tú eres el único animal que no se ha asustado, ¿puedes revolotear por fuera y avisarme?

El cuervo gruñón, enfadado con todos los animales, no aguantó más y se escapó. En cambio la paloma...

—¡Volvió con una hoja de olivo en el pico! —se apresuró a terminar, Jesús.

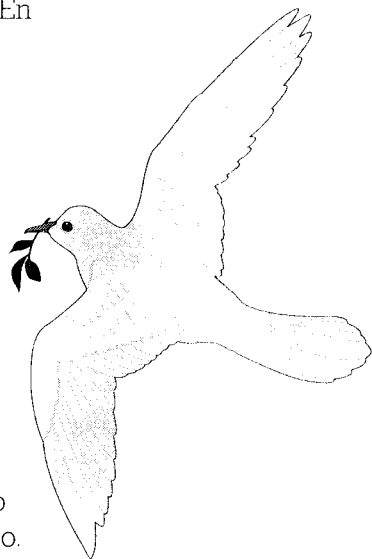
—Te lo sabes muy bien. Desde aquel día las palomas aprendieron a enviar mensajes de esperanza a los hombres.

—Oye, Mamá, ¿a ti nunca te ha llegado una paloma mensajera?

—Cuando aún no habías nacido, llegó de Ain-Karim la paloma del tío Zacarías, para decirme que subiera rápido a ayudar a tía Isabel, que iba a tener un hijo.

—¡Mi primo Juan, el fuertote! ¿Y las palomas sólo saben anunciar nacimientos?

—Siempre se adelantan para anunciarnos los tiempos de Dios.



30. Los jilgueros

Jesús atisbaba, como el cervatillo del Cantar de los cantares, apoyando su hombro en el tronco que hacía de jamba a la entrada del corral. Su naricilla se adelantaba para ver mejor, pero ocultando su cuerpo. ¡Estaba observando a su Madre!

María hablaba con los jilgueros, que gorgojeaban entre flores blancas de almendro, siempre madrugador. Les cantaba estrofas de los Salmos:

«Allí anidan los pájaros...

Desde las frondas envían su canción.

¡Cuántas son tus obras, Señor...

la tierra está llena de tus criaturas!...

¡Cantaré al Señor mientras viva!».

Jesús disfrutaba viendo a su Madre en su intimidad. Se parecía a la niña Raquel, su compañera de juegos. Las pestañas de Jesús no se movían, pero sus pies eran más inquietos. Dio un salto y abrió los brazos como los ojos del caracol.

—¡Mamá!

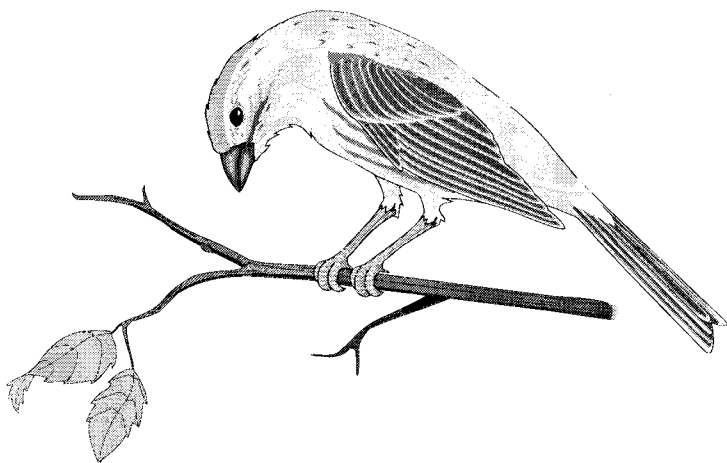
Sólo los jilgueros se asustaron y cambiaron de rama.

—No vale espiar a Mamá cuando juega en el patio.

—Oye, Mamá... Tú debes de estar un poco loca, porque hablas con los pájaros y las flores.

—Es que me cuentan muchas cosas. Las abejas me hablan de su dulzura; las mariposas me hablan de sus admiradores; el nardo de su fragancia; a las piedras las tengo que escuchar, que están muy solitas; el sol me anima a prepararte el desayuno y me agradece el dejar barrida y recogida la casa; el viento me adelanta las noticias; el fuego del hogar me entenece; el olivo me habla con suavidad; la rosa blanca me trae recuerdos... ¡qué recuerdos!... En fin, me cuentan los cuentos que te susurro al oído antes de que te duermas.

—«¡Bendecir al Señor todas sus obras!»



—Mira, has interrumpido a los jilgueros que quieren hacer un coro para que les dirija su alabanza al Creador. Siempre hay algún presumidillo que quiere cantar más alto, y alguno que desafina un poquito. Atiende... Calla un momento... y escucha. Verás qué canción tan bonita han compuesto hoy.

Y escucharon los dos. Olía a fantasía de miel de almendro.

Allá dentro de sus corazones, María inventaba nuevos cuentos, y Jesús nuevas Preguntas.

31. El musgo

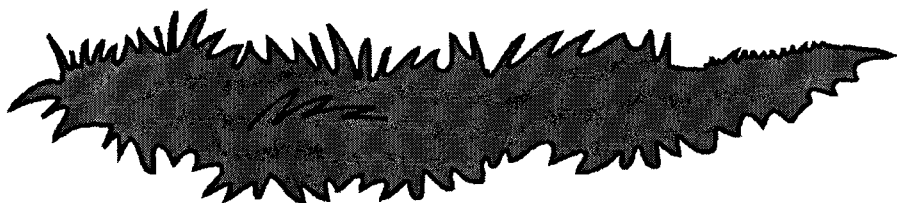
Aquel invierno se prolongaba más que otros muchos años. Hasta la fuente de Nazaret sonreía por las mañanas con una lengua de cristal. Quedaba poca leña, y los jacintos, de aroma morado, no querían nacer aún para animar al buen tiempo.

Camino de Magdala, en las colinas rocosas, todavía quedaba el recuerdo de un bosque de robles. Su leña apretada, sin apenas llama, es la que más calienta.

María ya había cogido su hatillo, y Jesús alardeaba de que el suyo era grande.

Un esqueleto de roble viejo aún se agarraba, con sus múltiples dedos deformes, a las rocas partidas.

—Mamá, este tronco de roble, ¿a que se parece a un espantapájaros? Casi da miedo.



—Pero, ¿a que no te has fijado en el musgo que cubre sus hombros? Un día de invierno húmedo, como hoy, se posó sobre las ramas de este roble, un trocito de musgo. Casi no lo notó el roble acostumbrado a soportar los vientos fuertes sin balancearse. Pero el musgo, con el frío, fue creciendo, y con la humedad se empezó a poner como un manto de terciopelo verdísimo, parecido a la capa de los reyes.

—¡Quítate de encima, que me estorbas! Yo soy fuerte, pero a ver si me vas a reblandecer con tu humedad.

—Querido roble, déjame vivir sobre tus musculosos hombros. También me necesitas para cubrirte de las escarchas y darte fresquito cuando llegue el calor.

—¡Yo no necesito a nadie! Estoy preparado para el frío y el bochorno. Ni tiritó, ni sudo.

—Pero, querido roble, ¿no ves lo feo que te pones? ¡Siempre estás enfadado y presumiendo de tu fortaleza! Deja que mis cabellos verdes brillantes pongan un adorno sobre tu costra agrietada. Déjame hacerte cosquillas y ponerte guapo.

Y el roble, desde entonces, se dejó querer, y permitió también a los líquenes de plata que adornasen su fealdad gris.

—Mamá, hay más musgo sobre estas piedras.

—Las pobres también necesitan mucho cariño, ¡están tan solas y frías!

—Me llevo este trozo tan verde de musgo.

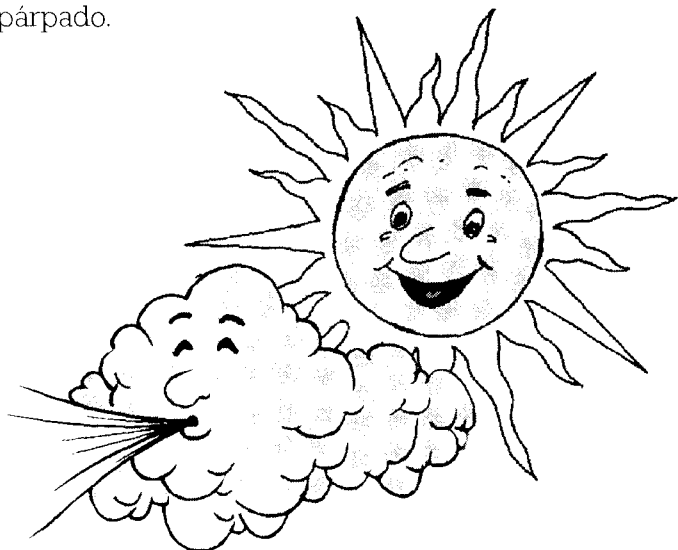
—Déjalo donde está, que aquí hace más falta que en casa.

32. El viento y el sol

Pocas veces en verano sopla el viento del desierto de Edón, asurado, tórrido, con remolinos que levantan olas en el Lago, y terminan respondiendo con tormentas secas.

—Mamá..., mamá... ¡para un poco, que se me ha metido una piedra en el ojo!

María detuvo su paso apresurado que evitara los remolinos de polvo. Sacó del zurrón un paño de lino recién lavado al sol. Levantó con la palma de la mano el ceñidor del pañuelo de la cabeza, y la apoyó en la frente sudorosa de Jesús. Con la yema del pulgar, levantó el párpado.



—¡Qué ojo más grande tiene mi Hijo! ¿A ver...?

Y con la punta del paño sacó una brizna de tamo de cebada.

—¡Ya salió! ¿Qué ves?

—Pues a ti, Mamá, pero un poco borrosa.

—Mientras llegamos a casa te voy a contar la apuesta que hicieron una vez el viento y el sol para demostrar quién era más fuerte. Vieron pasar por mitad del desierto a un beduino solitario en un camello cansino. "A ver quién de los dos consigue desmontarlo", empezó el viento. Aspiró una grandísima bocanada de aire, apretó sus mofletes y la lanzó con toda su fuerza sobre el camellero. Al sentir el remolino, ciñó todo su manto sobre el cuerpo, corrió dos agujeros en su hebilla y se agarró a la montura con los diez dedos de sus manos. Erizó los pies para no perder el estribo. En una segunda ráfaga estuvo a punto de caer, pero la joroba del camello le ayudó a mantenerse.

El turno era para el sol. Se arremangó sus brazos de fuego y empezó a apretar contra la cabeza del beduino. Por poco lo consigue, porque le cogió desprevenido. Con un movimiento ágil, enredó su cabellera y barba en el turbante azul. Sólo dejó una línea abierta para ver el desierto. Por más que apretaba el sol, no conseguía bajarlo del camello.

Al llegar al oasis, ni el viento ni el sol habían ganado la apuesta.

—Por lo menos el camellero se merece un premio —comentaron.

—Pues yo —dijo el viento— soplaré suave y fresco, cuando tú estés en lo más alto cayendo como la plomada.

—Pues yo —dijo el sol— calentaré el frío amanecer cuando se despierte.

—Mamá, ¿por qué están siempre apostando Jedeón y Jonás?

—Es un juego para empezar con ganas la jornada. Siempre terminan ganando los dos. Son amigos regañando y apostando. ¿No has visto que no se separan nunca?

33. Otoño

Jesús y su Madre regresaban a su casa al atardecer, después de recoger un cestillo de nueces del huerto de Abiluc, el abuelo generoso y risueño, que insistía tantas veces a María para que se surtiera de su nogal. Un remolino de viento levantó del suelo hojas ocres de las acacias. Las de la higuera ásperas, cambiaron simplemente de lugar.

—Mamá, ¿por qué se les caen a los árboles las hojas precisamente cuando empieza el frío? Ahora es cuando las necesitan más para taparse.

—¿Tú te acuerdas de las primeras narraciones de la Biblia?

—Claro, Mamá, ¡la Creación! Es lo primero que nos enseña el rabino.

—Pues allí se nos cuenta que Dios hizo todas las cosas para que duraran siempre...

—Pero Adán y Eva mordieron del fruto del árbol de la Ciencia, y ya no pudieron comer del árbol de la Vida. Desde entonces, todos tenemos que morir.



—Pues eso es lo que les pasó a los árboles: que quisieron seguir la suerte del que les había puesto el nombre a cada uno de ellos. Y todos los otoños, como que mueren. Palidecen sus hojas, y van tomando el color del pan tostado, hasta que se desprenden de las ramas por falta de vida. Después, se quedan los árboles como esqueletos. Las hojas se pudrirán en la tierra para dar mejores frutos al año siguiente. Y los hombres buenos, como el abuelo Abiluc, agradecen su muerte.

—Sí, Mamá, pero en primavera, ¡vuelven a crecer!

—Claro, porque los árboles no fueron culpables. Sacan sus yemas, abren sus escamas, y en un mes, están vestidos con ropas nuevas, de flores multicolores perfumadas, y de tiernas hojas verdes. Así, año tras año, van estrenando traje, vuelven a nacer con nueva ilusión de dar más nueces que la vez pasada, más sombra en el verano, más ramas para que aniden los gorriones. Hay que tirar a la basura los harapos viejos, para vestirse con ropa limpia recién lavada. Volver a empezar con todo limpio, es lo más bonito.

—Mamá, entonces... ¿por qué a las encinas no se les caen las hojas?

A la pregunta rápida y desconcertante de Jesús curioso, también María le encontró respuesta.

—Es para recordar que Dios vive siempre.

Jesús, mirando al suelo, como pensando la respuesta, arrastró sus sandalias sobre la alfombra de hojas caídas, jugando a ser viento. Cuando se iban levantando del suelo, Jesús aceleraba los pasos. María susurró.

—¡Qué torbellino!

34. Los ángeles

El bochorno que calienta las piedras aun en la sombra, había castigado a Nazaret la primera semana del verano. El sábado cambió el tiempo. Soplaban, con fuerza, un viento del Monte Hermón, que conservaba algo del hielo del invierno. María había dejado recogido todo, antes de ir a la sinagoga.

—Jesús, ¿estás preparado?

—Hace mucho, Mamá.

Esperaba sentado en el tronco de roble abierto en canal, que hacía de banco a la sombra de la parra con hojas tiernas.

—Mamá, este viento fuerte tan fresquito va a llegar hasta el fondo de la casa.

—El viento..., el viento... Mira, Jesús, el viento es como los ángeles de Yahvé. Es su mensajero. El viento lleva sobre su palma las semillas de cardos azules y las amapolas rojas, para posarlas en el desierto de piedra, y hacer un jardín en primavera. El viento se lleva la humedad de las rendijas de las paredes, para que a los abuelos no les duelan las piernas. El viento nos trae el sonido de los cencerros, para que no se nos pierdan las ovejas. El viento toma del lago puntitos de agua, para recordarnos que está sólo a unas cuantas leguas.

—Mamá, tú sólo te fijas en lo bueno. Pero cuando el viento es muy fuerte...

—Eso es un huracán, pero hoy es un mensajero de Dios. ¿No te das cuenta de las caras de satisfacción de los que nos acercamos a la sinagoga porque hoy se puede respirar? Nos está trayendo el mensaje refrescante del nacimiento del Jordán. Adonai nos manda sus anuncios por el viento. No sabemos de dónde viene y a dónde va, pero siempre deposita alivio, sosiego, vida, más luz, esperanza de buenos tiempos.



—Mamá, ¿me estás hablando del viento o de los ángeles?

—Es lo mismo. Es la forma de hablar de Dios.

—¿Tú has visto alguna vez un ángel?

—Todos los días. Cuando la abuela Sara no se tropieza con el bastón, cuando Eleacín hace una travesura menos, cuando Isabel se entera de que le viene un niño, cuando tu padre José le entrega la mesa a Ezequiel..., cuando tú juegas por el patio.

—Mamá, ¡tú ves visiones!

—Yo veo hacia adentro... Tu padre... sólo en sueños.

—Entonces, ¿yo soy como un ángel sin alas?

—¡Un arcángel! ¡Palabra del mismo Dios! ¡Hala!, vamos a escuchar al rabino.

—¿Sabes lo que te digo, Mamá?, que me gustan más tus palabras.

35. La perla

Ponían la mesa. Jesús, en aquella tarea, estaba siempre especialmente charlatán.

—Mamá, ¿tú has visto alguna vez una perla?

—No hijo, ¿pero a qué viene ahora esa curiosidad?

—Es que he estado con Eleacín, y me ha contado que en la plaza de Cafarnaún encontró a un mercader fenicio que enseñaba muchas cosas bonitas, y que hasta ha visto ¡una perla!

—¡Ese muchacho tiene los ojos en la punta de la nariz! Lo que no ve Eleacín...

—Me dijo que no era una piedra reluciente, sino... como una bolita brillante.

—Sí; he oído que se encuentra en el interior de una concha en el Mar Grande. El bichito que está dentro, enferma, y empieza a llorar, pero sus lágrimas no son de agua, porque se las llevaría el mar, y nadie caería en la cuenta de su dolor. Sus lágrimas son de porcelana. Cada vez que llora, se cubre con una capa hasta formar una bolita, que llamamos ¡perla! Después termina en los pendientes o en el cuello de alguna mujer agasajada. Casi siempre pasa; las lágrimas de los pobres, enriquecen a los poderosos.

—¿Y por qué dicen que valen tantos denarios?

—Tu abuela Ana me contó una historia de un mercader en perlas finas. Un día encontró en un mercado de Damasco una perla grande, reluciente, preciosa. La más bonita que había visto en su larga vida de comerciante. ¿Y sabes lo que hizo?

—¡Se la llevó!

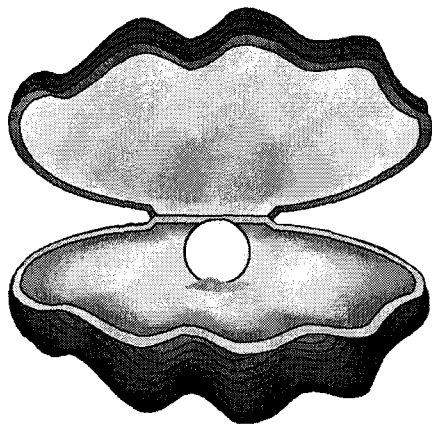
—No, que era temeroso de Dios y no sabía robar. Vendió todo lo que tenía... y ¡compró la perla!

—¿Y sólo con la perla pudo vivir?

—Sí; vivía de limosna, dormía bajo cualquier sombrajo, y al día siguiente iba ilusionado por las plazas y calles, enseñando a todos la belleza deslumbrante de su perla. Su mirada había cambiado. Antes era desconfiado, como los mercaderes que piensan que todos les van a robar. Ahora, se parecía al cervatillo del Cantar de los Cantares. Disfrutaba sólo con oír "¡qué bonita!". Desde entonces, la podían ver todos, hasta los mendigos y los niños.

—Mamá, ¿no te gustaría tener una perla?

—¡Ya la tengo en casa! —y alisó el mantel blanco con las dos manos, mirando fijo a los ojos de Jesús—. Pero, anda... trae el pan y el vino, que vamos a comer en cuanto llegue tu padre José.



36. El trigo

Mira, Jesús, ese campo de trigo verde, que se mueve como tus pelos cuando hace viento, era de tu abuelo Joaquín.

Y María se detuvo para pasear su mirada por aquellos terrenos reverdecidos, gracias a una primavera que sólo se merecen los años jubilares. Todo a su tiempo, las lluvias, el sol, el viento templado. Se esperaba la recolección con el triple gozo de los años escaso.

—Al despedirse papá del mundo de los vivos, no había ningún varón para seguir cultivando el terreno. Elón, pariente lejano, tomó el campo con la condición de pasar una tercera parte de la cosecha a la abuela Ana. Todavía comemos el pan de aquí.



—¿Tú venías con el abuelo a trabajar el campo?

—Muy poco. Era muy pequeña. Sólo en la recogida del trigo. Más para alegrar con canciones y juegos, que para hacer una tarea de provecho.

—¿Recogía el abuelo mucho trigo?

—Los años buenos teníamos para repartir. Algún año, ya por Pascua, pedíamos trigo a cuenta de la próxima cosecha.

Volvió a recorrer las espigas con sus ojos verdes.

—Recuerdo el mimo que ponía en su campo. Era la herencia de sus antepasados. La porción de tierra que Yahvé le asignara para trabajar. Cuando llegaba el tiempo de la siembra, esparcía el grano con mucho cuidado para que la semilla no cayera entre las zarzas, que la ahogan y la hacen improductiva. En las zonas pedregosas era menos espléndido al esparcir la semilla, porque sabía que crecería poco. Sólo al pasar cerca del camino, lanzaba más alto el grano para que lo comieran los pájaros. Me comentaba: “María, así es como Yahvé alimenta a las aves más indefensas”...

—Mamá, el abuelo, ¿se parecía a ti?

—¡Al contrario! Dicen que yo he sacado sus ojos. Después dejaba pasar el frío invierno. Y al calorcito de la leña, me contaba que aquellos granos de oro, ahora se estaban pudriendo entre terrones húmedos. Pero que gracias a su muerte, íbamos a tener el pan de cada día durante un año.

—¿Y qué hacía con el trigo que le sobraba?

—No podía sobrar. Se repartía hasta el último grano entre las viudas y huérfanos. Me recordaba que almacenar para otro año es una desconfianza hacia Yahvé. Arruga el corazón y encoge el brazo.

—Mamá, yo no sé comer sin pan.

—El Altísimo no quiere que le falte a nadie un trozo de pan con el que bendecir los alimentos que nos dan la vida.

—Mamá, se me está ocurriendo una tontería: yo, de mayor, quisiera ser trigo para convertirme en un gran pan del que puedan comer todos.

—Mira, Jesús, cuando los deseos se repiten muchas veces —y le habló bajito al oído—, terminan cumpliéndose.

37. El elefante y el león

Mamá, hoy el rabino de la sinagoga nos ha contado la historia del Arca de Noé, donde metió parejas de todos los animales. Nos habló de todos ellos. Sólo hay uno que no sé cómo es: el elefante. ¿Tú has visto alguno?

—Pues sí. Y tú también, aunque no puedes recordarlo.

—¿Cuándo?

—Cuando huimos de Egipto. Empezabas a andar. Habíamos ido a Menfis, una ciudad muy grande, con calles enlosadas, y vimos al fondo un animal enorme, adornado con tapices y montado por un joven con turbante. Te asustaste, y viniste a refugiarte en mi túnica.

—Píntamelo en la tierra.

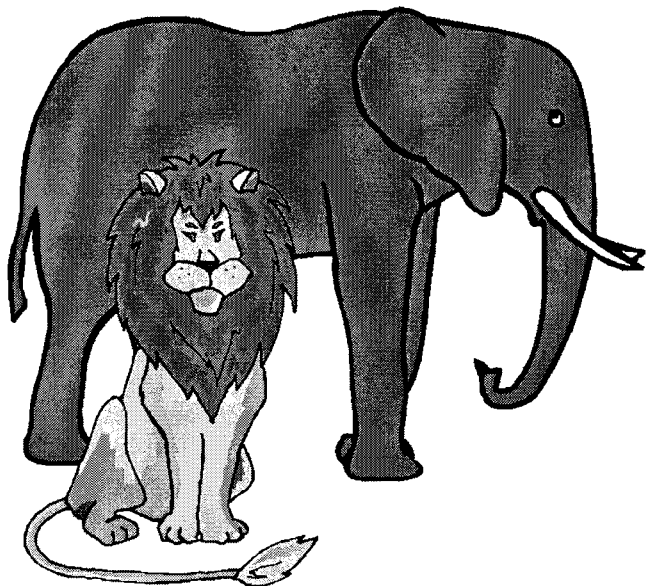
Y María, pacientemente, empezó a dibujar el animal imposible de imaginar.

—Mira, Jesús, el elefante es el animal más grande de la creación. Se paseaba por el Paraíso oliéndolo todo. Una mariposa juguetona y bella jugaba entre la trompa del elefante.

—¡A que no me coges! —le decía a la oreja enorme.

Y el elefante movía su nariz intentando, en vano, atraparla. La mariposa todos los días le hacía cosquillas para que sonriera, pero el elefante se enfadaba más. Aquel día se encontró con el león, que se desperezaba con un gran bostezo. Se desahogó con él. Y el león le contó también sus penas.

—Mira, elefante, a mí me pasa algo parecido con el gallo. Yo soy el rey de los animales. Todos me respetan, sobre todo mi sueño. Soy un dormilón. Y viene ese gallo, inquieto y movido, y empieza con su ki-ki-ri-ki a despertar a todos, cuando aún no ha amanecido. ¡No soporto su diligencia para todo! Siempre tiene que ser el primero en dar avisos.



—Bueno, Jesús, este elefante no me ha salido muy bien, pero con lo que te he contado, te recuerdo que nadie tiene todas las cualidades. Éste es el más grande, pero no tiene la simpatía y la belleza de la mariposa. El león es el rey, pero le falta la vitalidad del gallo. ¿Te has fijado en papá?, es el mejor carpintero, pero el pobre, no sabe cantar. Sigue, tan sonriente, esperando que lo haga yo.

—Mamá, ¡cántame la canción de Ana, la madre de Samuel: "Mi corazón se regocija en el Señor".

38. El burro

Jesús entró brincando, intentando imitar el trote de los caballos. Su madre estaba terminando de quitar las hojas secas de la parra, que ya lucía con racimos negros cubiertos de polvo de plata. En invierno serían dulces pasas, la golosina de los niños.

—Mamá, mamá, ¿a que no sabes lo que acabo de hacer hace un rato?

María tomó el manto de su hijo por la cintura, acercó la nariz e inspiró con ingenua exageración.

—Hueles a cabalgadura.

—¡Aciertas siempre! ¿Pero a que no adivinas en dónde me he montado?

—A un camello, no llegas.

—En el pollino de Uzías, que aún no lo ha montado nadie.

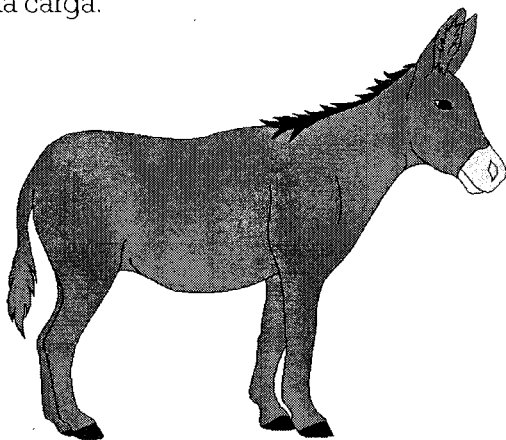
—Como si te hubiera visto el profeta Zacarías, cuando predijo que el Rey entraría en Jerusalén montado en un borrico. ¿Pero no te he contado la historia del asno?

—Esa, no.

—Pues verás. El pobre Seatiel había arrancado las cepas viejas que ya no tenían fuerza para dar uvas gordas como las de nuestra parra. Hizo un montón grande para llevarlas a su casa, y que, al me-

nos, sirvieran para cocer el pan. Pero no tenía cómo llevárselas. Le vio un burro bajito con el pelo a mechones y del color de la ceniza que ha consumido todos los colores. Se fue al gran mercado a pedir ayuda. Un caballo negro, brillante, ágil, elegante, se disculpó porque lo estaban entrenando como el mejor regalo para un príncipe de Babilonia. Un camello le dijo que él solo se cansaba para llevar tesoros y perfumes. El caballote grande y peludo le dijo que servía a los soldados romanos. El asno salvaje respondió con un rebuzno bur-lón, y soltó una coz al aire. Ni siquiera el mulo se prestó a ayudar a Seatiel, porque él sólo sabía arrastrar el arado.

El burro pensó que cualquiera valía más que él para llevar las viejas cepas. Todos eran más fuertes, o más rápidos, o más resistentes. Se volvió sin ganas, despacito, y retorciendo los lomos que soportarían la carga.



—¡Ah! Por eso los pobres son los que tienen burros. Hasta en sábado estaría permitido atenderlos.

—Sí, hijo, es el animal del que se burla el que dispone de un caballo o un camello, pero es el que nos va llevando los fardos pesados, poquito a poco, sin quejarse. No presume: carga. Ya te he contado que tú casi naces encima de uno de ellos, cuando entramos en Jerusalén, camino de Belén. La próxima vez que montes en un pollino, me avisas, que quiero ver a mi Rey cabalgando. Trum, trum... trum, trum... trum, trum...

39. El tilo

Se había quedado una tarde templada aunque húmeda. Aún quedaban restos de nubes teñidas de violeta, al acostarse el sol. Sobre el horizonte encendido, las ramas sin hojas querían marcar los brotes nuevos. María y Jesús volvían de recoger unos haces de leña de la poda del tío Joaquín.

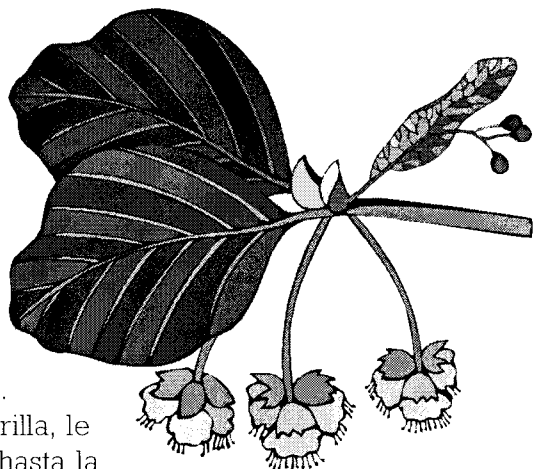
—Mamá, ¿te has fijado en aquel árbol? Todas sus ramas van saliendo de sus troncos y ninguna sobresale sobre las demás.

—Es un tilo. Tengo una historia muy bonita de este árbol.

—Cuéntamela mientras bajamos a casa.

—Los cuentos son para la noche.

Jesús estaba inquieto por saber la historia del tilo. María lo acostó sobre la esterilla, le cubrió con la manta de lana hasta la boca, y al oído, como un susurro, empezó la historia.



—Pues verás: Las ramas del tilo se llevaban muy bien y todas crecían al mismo compás. Se iban distribuyendo en primavera para hacer un árbol con una copa redonda donde ninguna destacara.

Un día estaba sentado a su sombra Simeón, aunque todo el mundo lo llamaba "Holofernes", por su mal genio. Era un hombre que siempre quería ser distinto a los demás. Si los hombres en la plaza pensaban arreglar el camino, él decía que primero era la fuente; si el sábado todos se arreglaban con la túnica limpia, él seguía con la de trabajar, aunque presumía de túnica nueva todas las tardes. Siempre tenía algo que corregir al rabino en la sinagoga. Era bastante avaro, y así acumuló riquezas. Hasta se pudo comprar un caballo que no sirve para labrar la tierra. El caso era ser distinto. No soportaba que alguien le advirtiera de algo. "Holofernes" siempre tenía la razón, porque se creía el único inteligente del pueblo. El tilo sintió la espalda de "Holofernes" sobre su tronco, y despertó de la siesta.

—¡Qué susto me has dado! Tan tranquilo como estaba... En cambio a ti te noto inquieto. No haces más que frotar la espalda sobre mi tronco.

—¡Es que no puede ser! Ya les he dicho a mis paisanos que con los romanos hay que pactar, invitarles a su casa, prestarles dinero... Y ellos... ¡venga a cortarles el paso! Menos mal que yo ya me he metido al centurión en la alforja.

—Amigo "Holofernes". Siempre queriendo destacar sobre los demás. Mira mis ramas. Crecen todas en orden, en paz, llegan hasta donde deben de crecer esta primavera. A la siguiente, crecerán todas un poco más. El Creador, cuando contempló nuestra armonía, nos regaló con una flor no muy bella, pero de aroma suave, Y me dijo: "Deja que la cojan los hombres. Que la cuezan en agua para que beban tu esencia. Los que la tomen se tranquilizarán de sus muchas prisas, de sus tensiones envidiosas, de su afán por ser más que el vecino, o acumular riquezas, de sus predicciones negras del futuro...".

—Y el tilo siguió hablando despacito, al oído de "Holofernes", hasta que consiguió dormirlo, como mi Niño.

40. El corcho

Aún le brillaban los labios de miel a Jesús. Sus dedos pegajosos se entretenían con el juego de pegar y despegar.

—Ven que te lave, Jesús, y me cuentas quién te ha regalado un trozo de panel.

—Fueron los mieleros de Caná que han puesto sus colmenas en los cerros para que se alimenten del tomillo. Subí con Eleacín, que sabe sortear a las abejas.

—Menos mal que no has venido con alguna picadura.

—Los paneles están dentro de una corteza de corcho. Parecen como un tronco de alcornoque con una tapa encima. Yo creía que el corcho no servía para nada.

—Mira, Jesús, el corcho es el sudor de los alcornoques. Se pasan años almacenando su esfuerzo, gota a gota, para recubrir el árbol con su madera esponjosa. Así le sirve de abrigo en los duros inviernos, y le protege del calor en pleno verano.

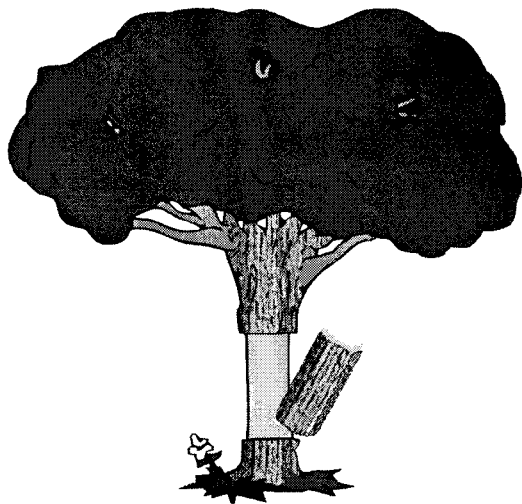
—Pero, papá no tiene de esa madera en el taller.

—Un día las maderas se rieron del corcho, por eso mismo. Presumían de su dureza, de su brillo y hasta de su aroma. Podrían recubrir palacios, fabricar mesas de banquetes, y algunas, hasta podrían servir de resistentes arados. El pobre corcho, rugoso y blando, se sintió avergonzado. Pero hubo un gusanito inteligente y con los ojos saltones, que le consoló.

—“Oye, corcho, —le dijo—, no llores, porque tu sudor vale mucho. Gracias a todo lo que has trabajado en estos años, vas a servir para evitar todas las exageraciones del calor, frío, ruido y humedad. Tú vas a ser el que aguantes todos los golpes duros. Vas a ser la madera de la serenidad y la compasión. Aunque quieran quemarte, nunca echarás llamas abrasadoras. Sabrás consumirte, poco a poco, sin llamar la atención. Aunque te quieran hundir, siempre saldrás a flote. Y servirás de tapón hermético para todo lo que guardan los hombres con más esmero: el vino, el aceite y los perfumes. Sabrás guardar todos los secretos, porque no repetirás las palabras que escuches. Vas a ser también la madera de la confianza. ¿Te parece poco? Es el premio a tanto sudor inadvertido”.

—Por eso las abejas están muy a gusto en estas casitas.

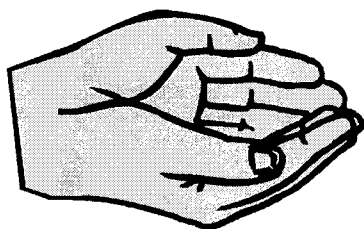
—Tan agradecidas, que le han preparado a mi Niño un dulce de cera.



EPÍLOGO

... y colorín colorado...

LAS MANOS DE MAMÁ



El rabino ya había dado la señal para comenzar la celebración del sábado en la sinagoga.

—Jesús, vamos a recordar el descanso del Altísimo al crear este mundo de colores, trinos, perfumes y toda clase de sabores. ¡Y todo lo hizo con su Mano poderosa!

En ese momento el Niño dio una zancada para adelantarse a su Madre en las jambas de la puerta.

—Dame la mano.

—Mamá, ya voy solo. ¿A que llego antes que tú?

—Y aceleró el paso, sin llegar a correr, porque le habían enseñado que el sábado es el día sin prisas.

—Se me está haciendo mayor... —dijo María en voz baja, pero perceptible a los oídos despiertos de Jesús—. Su tono mezclaba la nostalgia y la satisfacción.

Subieron al piso reservado para las mujeres y los niños, separado de la sala principal por una celosía. María ocupó el extremo del primer banco. Jesús, como siempre, se asentó a sus pies, tomando como respaldo las rodillas de su Madre.

María posó sus manos cariñosas sobre los hombros de Jesús. Le ayudaba a estar, como un cervatillo, atento, y con una presión de los dedos le advertía de lo destacable. Hasta la coma, no pronunciada, captaba el Niño.

El rabino comenzó el recitado del Salmo 22.

—“... desde el vientre materno Tú eres mi Dios...”

La emoción de la Madre la sintió el Niño en los hombros que querían empezar a ser de hombre.

—“... me cerca una banda de malhechores..., taladran mis manos y mis pies...”.

Jesús cruzó el pecho con su brazo para buscar la mano de su Madre. Asió sus cuatro dedos y no los soltó mientras duró el rezo del Salmo, con su último verso.

—“... Todo fue obra del Señor.”

Al salir al sol del medio día, antes de que iniciaran la conversación las comadres, Jesús advirtió.

—Mamá, tienes una herida en la mano.

—Sí, Hijo, se me hincó una astilla de un tablón, ayudando a tu padre. No es nada.

—Mamá, yo no me he herido nunca en la mano. ¿A que si me clavo algo me vas a curar con vinagre y sal, aunque duela?

—Sí, Hijo, y con besito de bálsamo.

Y le besó la mano, que ya apuntaba en dedos de varón, antes de dejarle suelto para el encuentro con los demás muchachos.

—Ya no necesita mis caricias. Esta Pascua empezará a ser Hombre.

CUENTOS DE LA VIRGEN

La ternura narrativa de María

¿Para qué vale este libro? Para emocionarse, para dejarse conmover. Estos cuentos recrean la ternura de María. Para que Jesús pudiera contarnos tantas parábolas necesitó una Madre que le contara muchos cuentos llenos de ternura...

Cuentos de la Virgen no son lecturas marianas. Son el intento de entrar en la sensibilidad de María y de poner en su boca ternura y profundidad. María se presenta como «maestra narrativa» de un Jesús que predicará revelando cómo es su Padre Dios con narraciones como el sembrador, la higuera, la perla, la oveja, el grano de trigo...

Jaime de Peñaranda Algar es jesuita. Se educó en el colegio de Areneros (Madrid), donde la Virgen era el centro de la formación. Ha pasado su vida en ambiente colegial. Después de recorrer las Comunidades de Madrid, La Mancha y Extremadura, ahora trabaja contemplando la inmensa Ría de Vigo.

Cuentos de la Virgen es una obra realizada casi como distracción de la oración. La primera comunión de su sobrina Fátima, afectada con síndrome de Down, impulsó al autor a dedicarle estas narraciones.



Alcalá, 166 / 28028 MADRID

☎ 91 725 20 00 / 📠 91 726 25 70

www.editorialccs.com / e.: sei@editorialccs.com

ISBN: 978-84-9642-111-8



9 788498 421118